



Revista de flamenco, Sociedad del Cante Grande, Algeciras, Nº 27. Noviembre de 2023.

XXXI PALMA DE PLATA

Ciudad de Algeciras

Homenaje a

Manuel Moreno Junquera

“Moraíto Chico”



SUMARIO



CRÉDITOS

Foto de portada:

Moraíto Chico: P. Carabante-Peri

Redactor jefe:

José Vargas Quirós.

Diseño:

Dpto. de Imagen y Desarrollo,
Ayuntamiento de Algeciras.

Coordinadores:

Julio Valdenebro, Ramón Soler.

Fotografías, créditos:

Pie de fotos.

Redacción:

Sociedad del Cante Grande de Algeciras.
Avda. de la Cañá, 37. 11203 Algeciras.

Edita:

Sociedad del Cante Grande.

NOTA: Al-Yazirat no comparte necesariamente los puntos de vista en las colaboraciones firmadas. Nuestro agradecimiento a cuantas personas han hecho posible con su colaboración la edición de este número.

Saluda del Alcalde de Algeciras.	3
Saluda de la Tte. de Alcalde. <i>Delegada de Cultura y Patrimonio Histórico.</i>	4
Editorial. Palma, cuerda y caudal. <i>Miguel Vega.</i>	5
Imágenes de la autenticidad. <i>José Manuel Serrano.</i>	6
La discografía de Moraíto con los cantaores de Jerez <i>Ramón Soler Díaz.</i>	8
Moraíto, Palma de Plata, Algeciras 2023. <i>José María Castaño.</i>	15
La ausencia no anula su recuerdo. <i>Manuel Martín Martín.</i>	18
La guitarra eterna de Moraíto de Jerez. <i>Carlos Martín Ballester.</i>	23
La huella de Moraíto. <i>Estela Zatania.</i>	25
El toque de los Morao. <i>Juan Antonio Palacios Escobar.</i>	28
Moraíto toca gitano. <i>Enrique Montiel.</i>	30
El duende se llama Morao. <i>Antonio Conde.</i>	32
Moraíto Chico, un guitarrista singular. <i>Antonio Nieto del Viso.</i>	35
Gitanismo y Jerezanía. <i>Luis López Ruiz.</i>	37
Moraíto: El Príncipe de Santiago. <i>José Durán Vargas.</i>	40
En memoria del Maestro Moraíto Chico. <i>Irra Torres.</i>	44
Moraíto, líder carismático de Santiago. <i>Juan Garrido.</i>	46
Mis dos mujeres, la guitarra. <i>Pedro M. De Tena.</i>	50



Cuando la Guitarra es patria

José Ignacio Landaluce, Alcalde de Algeciras

Como cada año, y especialmente en noviembre, el calendario marca fecha y cita con el Flamenco en Algeciras, y esta circunstancia, como todo lo grande, o como todo lo eterno, no nace de la casualidad, sino de la entrega, el compromiso y el arte que boca a boca, cuerda a cuerda, a danza o fuego, pregonan, disfrutan o proclaman, por el mundo, sus artistas, sus defensores, sus doctores o su público.

Y esto ocurre, cuando constatamos que la más singular de las manifestaciones artísticas que posiblemente la humanidad conozca, y el Flamenco como Patrimonio Cultural Inmaterial, a sí mismo se ratifica, hace grande la ciudad que habita, y empequeñece el alma de quienes no lo conocen, o no lo defienden.

Pero para ello, se nos vuelven entrañables e imprescindible, sucesos flamencos como el prestigioso galardón Palma de Plata "Ciudad de Algeciras", y esta Revista de Flamenco Al-Yazirat, publicación de culto, que es su portavoz impreso, y que como su nombre deja entrever, no es sino una isla verde donde arriban el propio Flamenco y su pureza.

Ambos sucesos, son fruto de una alianza de amor y arte, entre la Sociedad del Cante Grande de Algeciras, y este Ayuntamiento de Algeciras, que me honro en presidir, y que se nutre además con autores de prestigio flamenco, y empresarios u organismo, que creen y sienten Flamenco, tanto para la publicación, como para el Festival donde se entrega, por supuesto institucionalmente, el galardón.

Y así, en este puerto que del Flamenco es puerta, desembarca la XXXI PALMA DE PLATA "CIUDAD DE ALGECIRAS", que para más gloria del Flamenco y la guitarra, y más amor de hermanas entre Jerez y Algeciras, se le ha otorgado a título póstumo, al genial guitarrista Manuel Moreno Junquera, "MORAÍTO CHICO".

Será por eso, que uno piensa, que esta eterna Ciudad de la Guitarra, a la guitarra y al Flamenco llaman siempre, y los mejores, como MORAÍTO CHICO, desde esa inmortalidad, que no les está vetada a los genios, la hacen grande, en Flamenco y vida.

O simplemente será, que cuando la guitarra es patria, y MORAÍTO CHICO suena, el mapa del Flamenco, al corazón conduce.

Feliz lectura y feliz Flamenco.

La poesía sonora de las cuerdas

Pilar Pintor, Tte. de Alcalde Delegada de Cultura y Patrimonio Histórico
del Ayuntamiento de Algeciras

No cabe duda de que, cuando la vida toca a reflexión, y a no olvidar el camino ya recorrido, recurrir a la música o a la lectura, sosiegan cuerpo y alma, pero cuando ese sentarse frente a una misma, provoca el estado de la sensibilidad, pero a la vez el de la rebeldía y la lucha, que a la belleza interior conducen, esa música y esa poesía, no puede ser otra que el Flamenco y sus variantes, el ancestral sonido de sus palos y sus disciplinas, para que el pensamiento también sea sentimiento, de dolor, de alegría y de vida.

Por eso, de vez en cuando, y ante el Flamenco, en sus guitarras leemos la poesía sonora de sus cuerdas, y con ellas escuchamos la vida, y la vida nos escucha en puro Flamenco, belleza y arte. En Algeciras, sabemos mucho de eso, porque nuestro poemario sonoro es, y será siempre, la guitarra de Paco de Lucía.

Y es que, aferrados al Flamenco, la guitarra y sus sueños, es una inmensa alegría, para una ciudad entera, que la XXXI PALMA DE PLATA "CIUDAD DE ALGECIRAS", a título póstumo, lleve la firma y el destino, en obra y alma, del guitarrista jerezano MORAÍTO CHICO, con quien tanto escuchamos, y que sea la mítica peña flamenca Sociedad del Cante Grande de Algeciras, por la que lucharemos siempre, junto a nuestro Ayuntamiento de Algeciras, quienes vuelvan a impartir justicia y querencia flamenca, con la concesión a Manuel Moreno Junquera, de tan prestigioso galardón flamenco, aquí donde la guitarra de cada niño, a Flamenco suena, y donde la suya, reconocida y premiada, como en Jerez, el Flamenco es.

Además, tenemos la suerte y el orgullo, de contarle y de contar, con el monográfico que de su vida y de su obra, flamenca y humana, como viene siendo tradicional con cada galardonado o galardonada, publica este número 27 de la esperada REVISTA DE FLAMENCO AL-YAZIRAT, que Flamenco rinde a quien Flamenco entrega, desde la docta, literaria, sensible y reconocida aportación de quiénes en ella escriben, cuentan o comparten.

Así que, abramos de nuevo el gran Libro del Flamenco en Algeciras, en Palma de Plata y sonanta, con Manuel Moreno Junquera "MORAÍTO CHICO", portador de los valores, la esencia, la herencia y la belleza que su música atesora, de saga en saga, y que también se escribe en Algeciras, en el nombre del Flamenco y su pureza.

Palma, cuerda y caudal

Miguel Vega

Dicen que el corazón de la guitarra no es rojo, sino “morao”, desde que en la fuente donde del flamenco la vida bebe, Plaza Santiago, en cuerda y caudal, Manuel Moreno Junquera, casi niño, antes que Chico, a la usanza del gitano bueno y del artista humilde que le acompañarían siempre, bautizase su primera bajañí, para que sus notas surcasen, embarcadas con la belleza y su pureza, el invisible río que entre las venas el Flamenco al corazón conduce, en fiesta, lamento, vida y bulería.

Por eso no es difícil oír su guitarra, fresca y rotunda, en todas partes, con cada cante, en cada escenario, en cada peña, en cada calle, tal vez, aquella misma guitarra de Manolo Sanlúcar que ganó en Jerez, en el Festival que organizaba Manuel Morao, mito de las seis cuerdas que proclaman el flamenco, y por divinos designios de saga y estirpe, su tío, su ejemplo, su maestro.

O la que acompañó a La Paquera, por causas y azares del destino, que a su lado lo esperaba, o en las que se oyeron en Montreaux, La Plazuela, Santiago o Nimes, o la que bendecida por halagos y consejos, sonó con Paco el de Lucía, con quien ahora en la eternidad comparte Palma y Plata, para perpetuar su arte y su gloria entre mentores y deidades.

Y así, se nos antoja soñar Flamenco, y que en un hermoso ejercicio sonoro y de justicia, imaginar que la guitarra del Hijo Predilecto de Jerez y del Flamenco, suene permanentemente –como tantas veces lo hizo en vida en Algeciras –en la calle que en Jerez lleva su nombre, y que esa música en el aire, ese rasgueo de flamenco en

el alma, tracen un itinerario hacia su persona, la del gitano cariñoso y auténtico, para que sonoramente convida a un peregrinar a su legado, el mismo que su hijo Diego continúa, guitarra y gen en mano, y que Diego Carrasco –hermano del alma.- en alta voz proclama al mundo entero, en memoria, tablao, compás y admiración.

Y que en esa calle de la Guitarra, esquina con Flamenco, universal y jerezana, lo inmortal sea lo cotidiano, y a compartir eternidad por unas horas bajen Paco y Camarón, La Paquera y Manolo Caracol, con Fernanda y Bernarda las de Utrera, y que aquí abajo, en la vida, donde los sueños y donde el Flamenco, Diego del Morao, con José Mercé, Manuela Carrasco y Niña Pastori, sueñen nuevamente con ser acompañados por ese toque tan especial, necesario como el comer, con el que sus cuerdas acercaron el flamenco y su pureza, a la vida y sus vaivenes, en puente y cejilla, cuerpo y mástil, desde la humildad humana y flamenca de los grandes.

Por eso, tal vez también soñando Flamenco, la histórica y siempre en lucha, Sociedad del Cante Grande de Algeciras, sabedora, como bien refleja este número 27 de la Revista de Flamenco ALYAZIRAT, que cuando “Moraíto Chico” toca, por la boca de su guitarra el Flamenco habla, otorga, a título póstumo, la XXXI Palma de Plata “Ciudad de Algeciras” al guitarrista jerezano, que del flamenco puro bebió, y que al flamenco puro, siempre nos regresa, cuando la guitarra es sueño, y los sueños de la guitarra, con Manuel Moreno Junquera, “Moraíto Chico”, Flamenco grande son.

Imágenes de la autenticidad

José Manuel Serrano



Foto: P. Carabante-Peri

Casi sin pretenderlo, con la sola naturalidad de su ser, *Moraíto Chico* es -hablemos de él siempre en presente por su vigencia-, un referente de la emoción musical. Para ratificarlo bastan dos botones de muestra audiovisuales. En el primero

de ellos comparte minutos de cante y convivencia flamenca y cercanísima con la histórica Tía María 'Bala'. Alejada de los círculos y los momentos públicos, María mantenía su cante en un cofre precioso y delicado. *Moraíto* la acompaña con

su guitarra y lo abre junto a ella para enseñarlo al universo. Él era plenamente consciente de la pureza antigua y singularísima de esa forma de cantar y dolerse. Y sabía, pese a su sencillez, que esos minutos escasos pero intensos eran un regalo al mundo de la cultura. Por supuesto que la sencillez es sinónimo de humildad. Porque él, en este pequeño espacio de tiempo que nos sirve como primer botón de muestra y ejemplo de su figura, acaricia, arrulla y lleva con mimo exquisito la voz profunda de María *Bala* en el salón de su casa. Una joya. La letra por soleá avanza y el cante, pese a ese dolor por un mayoral que es injustamente prendido y por desamores tan traicioneros y llenos de pena, se convierte en un rito sagrado. "Cuando te veo *vení* a lo *lejito* de la calle a mi corazón le digo que tenga paciencia y calle". Un testimonio ancestral y único de lo que se conserva eternamente.

No podía ser de otra forma: ambos terminan este trance hermoso totalmente emocionados. Lloran. Se abrazan. Se dirigen piropos mutuos y susurrados que constituyen toda una celebración por la vida flamenca que desprenden esos instantes de gloria musical y vivencial. Es un documento que retrata la sensibilidad flamenca de Jerez de la Frontera y cómo la irradia al mundo entero.

Que *Moraíto Chico* ha sido un pilar fundamental de la guitarra flamenca en el tránsito entre los siglos XX y XXI no hace falta que lo reiteremos aquí. Es por eso que he preferido centrarme en los documentos visuales y sonoros, por los impagables contenidos emotivos y sentimentales que nos ofrecen. En el segundo de ellos no hay tanto a flor de piel como en el ya relatado de María *Bala*. El segundo es un relámpago de gracia y espontaneidad. Sí que parece, además, que los conceptos claves son los del dominio y la expresividad. Y para salirnos un tanto del guion de esta publicación, no relacionados precisa o directamente con la guitarra. Les explico. Hay una fiesta por bulerías y Luis el *Zambo* y Jesús Méndez están a su mano derecha. Canta el coro



Foto: Foti

de la peña Tío José de Paula. Puro Jerez. Y en un momento de máximo compás, la fiesta se caldea y *Moraíto* se embarca en la genialidad vinculada al dominio al que nos referíamos. Cede su guitarra a un compañero y sale a bailar. Es entonces cuando, sin su inseparable amante de cuerdas y resonancias, despliega un baile grande y majestuoso en su simplicidad. Pasos cortos, sugerentes, recargados de gracia natural y sinceridad. Pero que colorean figuras en un aire en el que se expande la voz de Jesús Méndez, sobrino de Francisca Méndez Garrido, *La Paquera*.

Esta composición -insisto, tan espontánea y natural- supone un goce de comunicación: retrata lo que es bailar de forma emocionante, llena de gracia y mensaje en apenas dos palmos de terreno. Lo que los antiguos nos enseñaron que se llama transmisión. Así es *Moraíto Chico*. Conocedor plenamente de la oportunidad y su expansión. Poseedor de las claves flamenca atesoradas bajo su tez hindú de gitano antiguo y originario. Así es él. Así es el merecedor de la Palma de plata de este 2023: un flamenco natural e infinito.

La discografía de Moraíto con los cantaores de Jerez

Ramón Soler Díaz

La perspectiva del tiempo es fundamental para ver el pasado de forma objetiva. Hemos tenido la suerte de vivir la última época esplendorosa del cante de Jerez y a lo mejor no nos habíamos percatado de ello. Ahora lo tenemos claro. Vino a coincidir con lo que alguna vez he llamado «el reinado de Moraíto», aproximadamente el cuarto de siglo que hay antes de la prematura pérdida de Manuel, en 2011, a punto de cumplir 55 años.

Después de la desaparición a principios de los 80 de dos gigantes de la talla de Terremoto y Tío Borríco, el cante de Jerez no murió. Todavía quedaba, como una especie de tótem viviente, Tía Anica la Piriñaca y veteranos como Tío Juane, el Guapo, Manolo Jero, Sordera, María Soleá, María la Burra, la Paquera, Diamante Negro, Romerito –¡que se nos quede aquí por muchos años!–, Fernando Gálvez y Agujetas, entre otros. Son los que podríamos llamar la «generación del *Canta Jerez*», aunque muchos no participaran en el mítico disco de 1967 (de hecho la Paquera ya era primera figura una década antes). Les sucedió aquella otra nacida entre mediados de los 40 y principios de los 60, la «generación del *Nueva frontera del cante de Jerez*» aunque tampoco todos estuvieran presentes en ese magnífico álbum de 1973. Lo que sí es cierto es que asimilaron bien el cante de los maestros y, lo que es más importante, aportaron una alta dosis de originalidad, creando una nueva forma de cantar la bulería. Ahí estaban -y siguen estando muchos- el Gasolina, Chico Pacote, el Mono, el Berza, Manuel Moneo y sus hermanos Luis Moneo y el Torta, el Gómez, el Nano y su hermano el Gordo, Vicente Soto y sus hermanos

Enrique y José, Juan Junquera, Juana la del Pipa, Lorenzo Ripoll, Mateo Soleá, Curro y Fernando de la Morena, José Mercé, Diego Rubichi, el Monea, el Garbanzo, Luis el Zambo y sus hermanos Enrique, Juañares y Joaquín, Manuel y Antonio Malena. Y, por supuesto, Luis de la Pica, el Loco Romántico y Diego Carrasco, tres auténticos versos libres.

El artista que aglutinó a la mayoría de ellos fue Moraíto. A su natural carisma e innata simpatía se le unía una sempiterna disposición para participar en cualquier proyecto. Todos querían contar con su toque jondo y rebosante de soniquete jerezano, un modo de tocar rancio y moderno a la vez, que se ajustaba a la perfección tanto al cante misterioso de Fernanda como a los juguetes sonoros de Tomasito; al genio de Terremoto como a la creatividad sin límites de Diego Carrasco. Era capaz de ofrecerle más luz a Camarón y más negrura a Agujetas; más frescura a Potito y más duendes al Torta. Le daba a cada uno lo que necesitaba en todo momento, con un sonido propio preñado de jerezanía, esa que llevaron por bandera su tío Manuel Morao y Parrilla de Jerez.

La carrera de Moraíto empezó por la puerta grande, siendo un adolescente, cuando fue requerido por la Paquera para que la acompañara. E hizo lo propio con los cantaores de su tierra nacidos en el primer tercio del siglo XX. Con ese bagaje marchó pronto a los tablaos de Madrid, entre ellos los Canasteros.

La discografía de Moraíto es amplísima y rebasaría la extensión de un artículo como este. Nos queremos ceñir aquí a su trabajo



1998 Juncas de Jerez (foto cedida por Ramón Soler)

con artistas de su tierra natal, que no fue poca cosa. El toque de Manuel ha sido decisivo para que cuajara en Jerez una forma nueva de interpretar la bulería desde mediados de los 80, tanto en el toque como en el cante. Repito, tanto en el toque como en el cante.

Los dos primeros discos los grabó con el nombre de Moraíto de Maora -por su abuela paterna- en 1972 con Los Faraones. Era un grupo que creó el jerezano Antonio Gallardo Molina en el que también estaban de guitarristas Tate de Jerez -antes de tomar el nombre de Diego Carrasco- y Moraíto de Ramona, y como cantaores el Gómez, Lorenzo Gálvez "Ripoll" y Luis Paulera. Con referencias de catálogo sucesivas para la casa Triumph, el primer disco se llamaba sencillamente *Los Faraones*, llevaba letras de Gallardo Molina y estaba producido por el autor de coplas malagueño Ignacio Román. El título del otro era bien explícito: *Misa de Andalucía de*

Antonio Gallardo. Al año siguiente Moraíto participa en el histórico *Nueva frontera del cante de Jerez* (RCA, 1973) donde aparece la generación de cantaores ya aludida antes.

Que sepamos, lo primero que graba Moraíto con un artista de Jerez en solitario es con Diego Carrasco, que inaugura su carrera discográfica como cantaor con *Cantes y sueños* (RCA, 1984). Con su querido compañero Moraíto hace lo propio con *Tomaketoma* (RCA, 1987). Manuel colabora en dos discos más con Carrasco: *A tiempo* (Polydor, 1991) y *Voz de referencia* (Nuevos Medios, 1993). A nuestro parecer esos cuatro primeros trabajos son los mejores del *alquimista del compás*, como lo rebautizó Faustino Núñez. Mucho tuvo que ver en ello Moraíto.

En 1985 empieza su colaboración con su admirado Parrilla en los discos navideños que editaba la Caja de Ahorros de Jerez bajo el



Las Grecas en Los Canasteros con Moraíto, Rafael el Boína y Fernando Gálvez (foto cedida por Ramón Soler)

nombre *Así canta nuestra tierra en Navidad*. Interviene en los volúmenes IV, V, VI y VII, que corresponden a años sucesivos. De 2005 es el volumen XXIII en el que Moraíto toca junto a su hijo Diego del Morao. Es muy posible que haya más discos de esta serie en los que participe nuestro protagonista, pero no los hemos localizado.

Quizás con el cantaor jerezano con quien más haya grabado en discos distintos sea con Vicente Soto 'Sordera'. Así, está junto a él en *El ritmo de la sangre* (Flamencos Accidentales, 1988), *Jondo espejo gitano* (Coliseum, 1990), *Tríptico flamenco (Jerez)* (RTVE Música, 1995), *Tríptico flamenco (Sevilla)* (RTVE Música, 1996), *Entre dos mundos* (Fonomusic, 1999) y *Estar alegre* (Galileo Music, 2004).

Moraíto aparece como único tocaor en el disco *Jerez, por derecho* (Pasarela, 1989), de su tocayo Moneo. Fueron muchos los amigos que intentaron convencer a Manuel para que grabara de nuevo su voz de bronce. Ante la renuencia del jerezano optaron por

recopilar algunos cantes suyos en directo. En *Testimonios* (Fonoruz, 2007) la sonanta de Moraíto aparece en dos cortes.

De 1989 data la colaboración de Moraíto con la casa Twins. Pepe de Lucía es quien dirige y cuenta con el jerezano para los debuts en solitario de tres paisanos suyos, aunque su nombre, no aparezca: *Poderío*, del Capullo de Jerez; *Luna mora*, del Torta; y *La herencia de la sangre*, de Terremoto hijo. En esa misma serie de discos hay también uno colectivo con Moraíto en el que se recogen cantes de los trabajos citados (y del de la Macanita, acompañada por Ramón Trujillo, también sin citar) y de Enrique el Zambo, Manuela Méndez 'la Chati' y su primo José Peña Méndez.

El genial tocaor acompañó también en un disco sin título a Antonio Agujetas (Jaleo, 1991). Ese mismo año comienza una fructífera colaboración con la disquera francesa Auvidis. Se estrena con una obra colectiva donde los cantaores de la Plazuela tienen abrumadora presencia. En *Fiesta & Cante jondo* están



María Bala y Moraíto (foto cedida por Ramón Soler)

las voces de Manuel Moneo, el Torta, Tío Chico, Barullo, Antonio Malena y Mijita hijo. Aprovecharon el formato CD para armar la fiesta por bulerías más larga de la discografía –que sepamos–, con casi 33 minutos de duración. En ese número está también el otro gran tocaor de la generación de Moraíto, el recientemente desaparecido Niño Jero.

Con José Mercé se inicia discográficamente en *Hondas raíces* (Polydor, 1991). Parte del éxito que tendrá Mercé se deberá sin duda al soniquetazo de su querido amigo. Así, tenemos a Manuel en *Aire* (Virgin, 2000) y *Lío* (Virgin, 2002), dos trabajos que abrieron nuevos públicos al flamenco.

El primer disco en solitario de Moraíto lo registra para la citada discográfica francesa. *Morao y oro* (Auvidis, 1992) es un trallazo de flamenquería sin tacha que cuenta con la colaboración del Torta, uno de sus cantaores predilectos. Ahí encontramos un verdadero himno a la bulería que resucita a los muertos, «Buleriando», de donde han bebido gran

cantidad de tocaores enamorados del toque de Manuel Moreno Junquera.

Cinco discos más del sello galo cuentan con el toque de Moraíto. Del Torta es *Colores morenos* (1994); de Fernando el de la Morena, *De Santiago a Triana* (1994); de la Macanita, *Con el alma* (1995); de Barullo, *Plazuela* (1995); y del malogrado Fernando Terremoto, *Cosa natural* (1997).

En 1995 Carlos Saura estrena su película *Flamenco*, cuya banda sonora edita la misma productora, Juan Lebrón Producciones. Jerezanos a los que acompaña Moraíto son José Mercé, por soleá, y en una fiesta por bulerías con la Paquera, Fernando de la Morena, el Barullo y el Torta.

Manuel es el único tocaor del disco cuyo título no necesita más explicaciones: *Diego y Luis Agujeta con Moraíto* (Triana Records, 1995). También colabora en el trabajo de José Soto “Sorderita” *Mi secreto pirata* (Nuevos Medios, 1995), junto a Arturo Pavón, Pepe y Juan Habichuela.

Entre 1995 y 1996 la editorial Tartessos publicó los seis tomos de *Historia del flamenco*, dirigida por José Luis Navarro y Miguel Ropero. Acompañaba la colección cuarenta CDs bajo el título *Testimonios flamencos* seleccionados por Luis Soler y quien escribe. Treinta y seis CDS recogían grabaciones en directo. Moraíto interviene bastantes veces y con artistas jerezanos aparece en el nº 11 con Mateo Soleá (grabación de 1992); con la Macanita en el 24 y 28 (ambas de 1995); con el Nano en el nº 26 (1992); con Fernando de la Morena en el 31 y 33 (las dos de 1995), y con el Torta en el nº 33 (1995).

Hermano mayor de Sorderita es Enrique Soto 'Sordera' en cuyo disco *Como lo siento* (Sohail 1996) Moraíto es uno de los seis guitarristas que participa. Y con toda la familia Sordera, incluyendo a Manuel Sordera, están Moraíto y Pedro Peña en *A un patriarca* (Senador, 1997).

En otra casa francesa encontramos el toque de Moraíto junto con los de Juan Carmona (el tocaor francés) y José Luis Rodríguez para el disco de José Méndez, *Entre dos barrios* (Numen, 1997). Con la Macanita vuelve a grabar en *Jerez-Xèrez-Sherry* (Nuevos Medios, 1998).

Un disco que no debe faltar en la fonoteca de todo buen aficionado que se precie es el soberbio *Cayos reales* (Senador, 1998). Tere Peña dirigió con sabiduría a un grupo de flamencos de Jerez, la mayoría apenas conocidos entonces fuera de su entorno. Llamó al grupo «Juncas de Jerez», como homenaje al inolvidable lugar de la calle Nueva donde se reunían para sus juergas los flamencos de allí, y donde Moraíto era el alma máter. Junto a la guitarra de su hijo Diego quedaron registradas en un auténtico ambiente de fiesta las voces de Tío Enrique Manuel Sordera, María Soleá, el Mono, Luis el Zambo, Luis de la Pica, Tío Paulera, Juana la del Pipa y Manuela la Piriñaca.

Dominique Abel dirigió la cinta *Agujetas cantaor* en la que toca Moraíto. La banda sonora se editó con el mismo nombre (Naïve, 1999).

Sin el toque de Moraíto serían inconcebibles tres discos que el sello Musivoz, de la casa Mercurio, edita de tres familias jerezanas en 1999: *En "ca" Fernando de la Morena*, *La Plazuela de los Moneo* y *Al compás de los Zambos*. En el mismo año y sello ve la luz el segundo y último disco que tiene Manuel como solista, el extraordinario *Morao*, donde hay dos fastuosos cantes de María Bala y su sobrino Luis el Zambo y un marchoso tema con los Navajita Plateá.

Ese mismo año participa en el disco homenaje *Jerez canta a Manuel Alejandro* (Pasarela, 1999). Moraíto toca junto a Parrilla para la Macanita, María José Santiago y Ángel Vargas.

También presta su toque al torrencial Tomasito en el célebre «Torotrón III», del disco *Castaña* (Epic, 1999). Y vuelve a acompañar a la Macanita, esta vez junto a su hijo Diego y Paquete, en *La luna de Tomasa* (Senador, 2001). En dos números aparece en el disco de Alfonso Carpio "Mijita hijo" titulado *Cantes de hoy y de siempre* (Musivoz, 2001).

El sello Muxxic, de la gigantesca Universal Music, reunió un curioso y bien cuidado catálogo de flamenco con el inicio del milenio. En él está *Gloria bendita*, de Luis el Zambo (2002), en el que Moraíto, Diego del Morao y Manuel Parrilla ofrecen el contrapunto perfecto para el cante con olor a tabanco del cantaor de calle la Sangre.

Reseñamos a continuación el CD de Luis Perdigüero *Vente tú conmigo* (Karonte, 2007). Aunque Luis nació en Málaga y se crio en Antequera, tiene ancestros jerezanos (nieta de Tío Paulera y bisnieta de la Piriñaca) y vive actualmente en Jerez. Ahí contó con las guitarras de Chaparro de Málaga y Moraíto.

Otro disco que tuvo buena acogida fue el que bajo el ingenioso título *Mujerez* (BBK, 2009) registra las voces tostadas de Juana la del Pipa, Dolores Agujetas y Tomasa la Macanita, con las guitarras de Moraíto y Dieguito Agujetas, y bajo la atenta dirección del recordado Alfredo Benítez, José María



Moraíto y Manuel Morao (foto cedida por Ramón Soler)

Castaño y Gonzalo López. En el mismo año el hijo de Juan Morao toca en «Gañán de punta», del disco de David Lagos *El espejo en que me miro* (Flamenco World Music).

El último toque que Moraíto grabó en disco fue un año antes de su adiós. Y tuvo guasa la cosa pues se trataba del disco póstumo del añorado Fernando Terremoto, llamado sencilla y rotundamente *Terremoto* (Bujío Producciones, 2010). La «Fiesta por bulerías de Jerez» que construyen ambos es un hermoso legado que nos conmueve a los que tuvimos la dicha de estar con estos dos grandísimos artistas y excelentes personas. Al final se escucha a Manuel decir, contento con el resultado: «Este final me gusticela». ¡Y a cualquiera que tenga sangre en las venas!

Después de su fallecimiento han visto la luz discos en los que aparece el toque del

jerezano. En la serie *Flamenco y Universidad*, el volumen XX contiene cantes en directo del Torta bajo el título *Solidaridad* (Fonoruz, 2015) y Moraíto aparece junto a otros tocaores de la tierra. A otro miembro de la familia estaba dedicado otro volumen, el LXV, esta vez a Manuel Moneo. La pérdida de su nieto Manuel -hijo de Barullo- supuso un auténtico mazazo para los Moneo. El recordado Rafael Infante, que dirigía la colección, coordinó la publicación del número que recogía de nuevo cantes en directo de Manuel Moneo bajo el título *¡Pa mi Manué!* (2017). Moraíto toca en las bulerías que abren el disco.

Algunos admiradores rindieron tributo a nuestra tocaor en trabajos discográficos. El primero fue en vida de Manuel, aunque ya estaba muy enfermo. Y vino de la mano del más grande. Cuando Paco de Lucía tocó en la plaza de toros de Jerez dijo: «Esto se lo dedico

a Moraíto, uno de los mejores guitarristas de la Historia». La bulería de casi diecisiete minutos que tocó allí apareció en el doble álbum *En vivo, conciertos Live in Spain 2010* (Universal, 2012) y llevaba el título «Moraíto siempre».

Tras la desaparición de Manuel el primero que le rinde homenaje discográfico es Diego Carrasco, que le dice y le canta «Morao del alma» en *Hippytano* (Rumor Records, 2012), mientras nos deja el corazón encogido con estas letras suyas:

Entre el número cinco y el número siete,
ahí, tuvo que ser ahí, ahí, Marqués de Cádiz;
entre el número cinco y el número siete,
ahí, un tabique más p'arriba; tú Moreno, yo
Carrasco, tú Carrasco, yo Moreno, tú a mi lao,
yo a tu lao, y por eso, solo por eso, tuvo que
ser ahí, ahí, Marqués de Cádiz, Manuel.

Mi corazón,
en mi corazón te llevo yo grabao;
en mis entrañas
clavá llevo tu guitarra;
en mis sentíos,
en mis cinco sentíos,
siempre,
siempre te llevo metío.

¡Morao,
qué solito me has dejao, Morao!

Este cantaor chalao,
siempre pegando gritos
y se deja el cante al lao.

¡Morao,
qué solillo me has dejao, Morao!

A las nueve me alevanto,
a las diez tomo café,

a las once voy p'al Arco,
pienso que te voy a ver.

¡Morao,
qué solillo me has dejao, Morao!

Tomatito, por su parte, le dedica «Manuel, Moraíto Chico: Bulería desdoblá» en su disco *Soy flamenco* (Universal, 2013). También Pitingose acuerda del jerezano en unas bulerías cortas, «Moraíto en el Arco», de *Cambio de tercio* (Universal, 2014), en la que remata con:

Tos los gitanos te quieren Morao,
los gachós te camelan, Morao,
toíto el mundo te quiere, Moraíto,
Morao de mi corazón.

Moraíto estaba dotado de una gracia especial, de una sencillez que encandilaba a quien tuviera trato con él. No recuerdo un mal gesto suyo ni palabras chungas para nadie. A todos daba su sitio, viniera de donde viniera. Con la sonrisa guasona siempre en la cara era sin proponérselo el Gran Jefe de los flamencos de Jerez. Por eso, desde su marcha, en el barrio de Santiago todavía se respira orfandad.

Tuve la suerte de compartir buenos ratos con él y con muchos flamencos jerezanos en el Arco de Santiago -cuando lo regentaba Agustín Vega- en Los Juncas de la calle Nueva y en otros sitios del barrio. Estar con Moraíto y con Tío Manuel Sordera y su hermano Enrique, Fernando Terremoto, Tío Juanele, Tío Paulera, Luis, Enrique y Joaquín el Zambo, Luis de la Pica, el Mono, la Chati, Diego Pantoja, Diego Carrasco, Fernando de la Morena, Tío Ramón Junquera, Tío Realó, Ripoll, el Grilo, Juan Junquera y otros tantos en esos santos lugares son recuerdos que siempre guardaré en mi memoria.

Moraíto, Palma de Plata. Algeciras 2023.

José María Castaño



Moraíto a la guitarra (foto Miguel Ángel Castaño)

Una ovación de plata para Moraíto en el recuerdo.

Todas las personas que tuvimos la inmensa suerte de tratar de forma muy cercana a Moraíto nos mostramos muy felices por esta Palma de Plata. Agradecemos, pues, a la Sociedad del Cante Grande de Algeciras, al Ayuntamiento de la ciudad y a todos quienes han participado en este prestigioso galardón, aunque sea en el recuerdo.

Manuel Moreno Junquera se nos fue en la flor de la vida, pero su memoria permanece inalterable noya en el mundo artístico, también en el humano. Basta recordar una anécdota que me sucedió a más de 1000 kilómetros de nuestro Jerez. Estaba en la ciudad francesa de Mont de Marsan, invitado por la peña Quehupa, cuando en una conferencia de vinos y cantes proyecté una fotografía de Moraíto junto a una copa de su amontillado



Moraíto (foto P. Carabante-Peri)

favorito. De pronto, el respetable que llenaba la sala se puso en pie y estuvo tocando las palmas durante más de 10 minutos, algunos de los presentes con lágrimas en los ojos.

Es cierto, Moraíto dejó un imborrable recuerdo. Sí, por este toque flamenco lleno de compás y chispa, de ese duende moreno que dejó escrito su amigo Rafael Fernández 'el Nene'; también por una bondad natural y una gracia muy especial. Manuel era generoso y amigo de todos. Yo tuve la suerte de tenerlo muy cerca y, al poco de dejarnos, le escribí estas palabras para la radio que ahora reproduzco de nuevo para que queden patentizadas en el afecto del Campo de Gibraltar de esta Palma de Plata. Creo que no escribiré nada mejor sobre él, así que ahí va en su homenaje:

Cuando las tardes se vuelvan a vestir de corinto. Siempre llevaremos con nosotros esos mediodías llenos de luz cuando los avatares de la vida nos llevaban a Santiago a buscar a Moraíto como en peregrinación. Porque estar a su lado unos minutos te cargaba de una energía alegre y optimista. Bastaban dos comentarios y una sonrisa para que se ahuyentara despavorido cualquier sentimiento negativo. Aparte de su arte, ese era su generoso regalo cotidiano. Por eso íbamos a su encuentro seguros que su permanente duende se posaría en nosotros haciéndonos inmensamente felices.

Los recuerdos se arremolinan como medias verónicas en la mente. Jamás estuve con nadie que disfrutara tanto de la vida como Moraíto y la compartiera de un modo tan

sencillo. Como aquellas discusiones en broma con Agustín o con su compadre Chícharo. O cuando llegaba de los Alburejos con cuatro cajas de hongos y él mismo lo preparaba para todo el que llegara. O esas inmortales pataítas por bulerías cuando las palmas tenían la necesidad de acallar el telediario. Y qué decir de sus una y múltiples aficiones que comentaba en alta voz con sus particulares gesticulaciones. El Moraíto pintor que llegaba con un cuadro, siempre lleno de lunares, y que allí mismo era capaz de convencer al más exigente galerista para que lo colgara en el Prado...

Cierro los ojos y recuerdo a aquel otro Moraíto que llegaba de toda la noche de pescar y convertía dos mojarras en cazones de cinco kilos en un tic de sus fantasías. O al Moraíto que emulaba a Ballesteros jugando al golf. Allí en la puerta del Arco de Santiago rodeado de sus primos a quienes explicaba el arte de un buen swing a la manera de un trinchero de Paula. O aquella vez que fuimos a una capea y apareció el Moraíto en un pencho haciendo de alguacilillo con más arte montando que Don Fermín Bohórquez. Y qué decir cuando llegaba la Navidad y compraba un saco de ostras que él abría para que todo el barrio las degustara en la pescadería de Joaquín el Zambo.

Siempre su generosidad. No guardaba nada para él porque nada le hacía más feliz que ver disfrutar a los suyos. Y los suyos éramos todos. Nunca antepuso ningún matiz racial, ni social, ni religioso, ni geográfico. Tal vez por ello todos estuvimos en su adiós desde el pescaero de la plaza, al taxista, pasando por el torero, la japonesa o los señoritos de Jerez que también lo adoraban. Los muchos Moraos dentro de un mismo Moraíto. Como el gentil cocinero sibarita que se ponía un mandil y te hacía un bacalao al pil pil con ese ingrediente de arte que vale

muchos millones en el Bulli. Pero siempre para darlo. Ese era Moraíto.

Y entre todas las facetas emergía siempre la de su arte. Esa guitarra mágica y gitana que soltaba chispas de duende desde el bordón a la prima. Ese toque jerezanísimo y heredado que ya es hoy la banda sonora de su pueblo. Con ese peso insondable que nos llevaba a las últimas habitaciones de la sangre, al decir de Lorca. Ese compás que hacía rasgurar a los corazones. Acaso la salida artística de un cantaor frustrado porque, según él, tenía la voz como un cordero viudo de Ubrique. La guitarra ya universal que llegaron a admirar desde Paco de Lucía a las decenas de jóvenes que hoy lo tienen en su cabecera.

Sí estoy convencido de que llegará esa tarde que se vista de corinto e iremos corriendo a Santiago como el refugiado que busca su tierra. Y entonces nos sentaremos en el banco del Boquerón porque acaso la brisa nos traerá su vestido de abrazos hechos aire. E iremos a casa de Agustín y pediremos un corto de fino que llevará el aroma a jerez de sus recuerdos entre pinturas, peces enormes que no cabían en el coche mientras una bola de golf se encamina al hoyo de la gloria.

Y recorreremos la calle Marqués de Cádiz desde la Enramá y las calles la Sangre, Nueva, Cantarería y Merced para poner el oído del alma y seguir escuchando sus falsetas que se han quedado cosidas en el aire. Y volveremos, Manuel, al viejo barrio un Miércoles Santo cuando Prendimiento y Desamparo miren al suelo llorando al pasar por aquel balcón de la calle Ancha donde les diste tu adiós este año. Sí volveremos cuando estas tardes negras se vistan de tardes de corinto. Hasta siempre, Manuel. Más que una Palma, esta ovación de plata de tus amigos de Algeciras.

La ausencia no anula su recuerdo

Manuel Martín Martín

Es el recuerdo imborrable el que a veces nos hace dudar sobre si existe la ausencia en el flamenco. Nos cuesta renunciar a pensar en aquello que ha dejado de ser. Y así apelamos a la memoria permanente para no asimilar la distancia con la ausencia. Por eso somos distintos, porque buscamos incluso la negociación con las efemérides para tener un principio de comunicabilidad con quienes forman parte de nuestra historia.

Es el caso, por ejemplo, de Moraíto Chico, el amigo y el guitarrista que reclama siempre la máxima atención sobre lo que de él se dice y sobre lo que queda entre líneas. Y más aún cuando es objeto del testimonio de nuestro unánime reconocimiento con la concesión de la Palma de Plata Ciudad de Algeciras, único galardón que cada año nos invita a que la palabra escrita haga que la creación artística tenga el poder de permanecer.

¿Cómo nombrar, pues, el silencio de su voz? ¿Cómo dejar que enmudezcan las vivencias compartidas? ¿Acaso es permisible desengancharnos del sonido de su guitarra o del entusiasmo que la inspiró? No es posible explicar la privación del compañero o la ausencia sin su presencia. Como tampoco es viable no pensar en quien dejó sus huellas en nuestro corazón, por más que Pessoa dijera que pensar es estar enfermo de los ojos.

Y es que los flamencos necesitamos ver, sentir y emocionarnos con aquellos que nos colman de sensaciones, las que se concentran en el flujo transparente de las evocaciones por las mejillas y ante las que sólo podemos responder con la ternura de los recuerdos, que, como ya referí en otra ocasión, principian con una llamada telefónica de Rafael el Agarrao que me hizo presagiar la tragedia.

Era el 10 de agosto de 2011. El reloj se acercaba a las once de la mañana y hasta el tono del móvil me decía que no había necesidad de preguntar. La temida noticia se había consumado. Al día siguiente, visitaba la Catedral de Cádiz, haciendo hora para los Jueves Flamencos, que aquella jornada acogía el espectáculo 'El duende de Cádiz' con la participación de Carmen de la Jara, Antonio Reyes, David Palomar, Raúl Gálvez y Ángeles Española. Aún seguía sumido en la tristeza y la impotencia, por lo que encaminé mis pasos hacia la tumba de Manuel de Falla, en la cripta excavada bajo el altar mayor, donde recordé los versos becquerianos: *"¡Dios mío, qué solos / se quedan los muertos!"*.

No estaban los ánimos para mucho cante. Empero, aquella noche el triunfador absoluto en el Baluarte de la Candelaria fue Antonio Reyes, que tuvo el buen gusto de dedicarle su actuación a Moraíto Chico.



Moraíto y Manuel Martín. 30-I-2007. Teatro Central (Archivo MMM)



Moraíto, Turroneiro y Manuel Martín en homenaje a J. Mercé. 25-06-1999 (Archivo MMM)



1973 Nueva Frontera del Cante de Jerez (RCA 1973) Moraíto

El chiclanero no le cantó a la masa, sino que le habló al corazón. Y ahí estaba mi pensamiento, en la angustia más profunda por quien ni tan siquiera nos privó el derecho a saber que se iba a morir días antes, acaso porque, como pronunció Antonio Machado, *la muerte es algo que no debemos temer porque, mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos.*

Nos presentó Manuel Soto, 'Sordera', hace 45 años, a finales de 1978, en la caseta del Casino Jerezano, en el recinto ferial, cuando la disputa del VII Certamen Nacional de Guitarra Flamenca de la Peña Los Cernícalos

que ganó el jienense Pepe Justicia. Desde entonces se creó entre nosotros un vínculo de esa sana amistad que sabe diferenciar al personaje del amigo, una relación de estrecha confianza que me condujo a la lealtad a Manuel Moreno Junquera.

Toda una treintena de años después, darían, obviamente, para que en el caleidoscopio de la amistad se multiplicaran las imágenes -razonadas y argumentadas- de nuestras vivencias, pero sería escribir en primera persona y no cumpliría este artículo la función de inspirar al personaje principal, por lo que prefiero describir su rol a través de lo

publicado aquellos días que van del 10 al 12 de agosto de 2011.

Han pasado media docena de años de aquel fatídico día y, pese a ello, la dicha de experimentar los sonidos de su guitarra nunca será efímera, porque, como recogieron los teletipos de agencias del día 10 en sentencia de Paco Cepero, *se va el guitarrista más flamenco de la historia*¹. Tras su muerte *deja cosas hechas imborrables*, decía el maestro de la calle Encaramada.

En efecto, durante el sepelio, celebrado a mediodía del día 11 en la capilla del Tanatorio de Jerez, todos los artistas, amigos y admiradores destacaron *el vacío que deja Moraíto en el mundo flamenco, pero sobre todo han incidido en la singular personalidad del artista desaparecido, así como en su categoría humana*².

La muerte sólo es necesaria para la felicidad o el reposo eterno del paciente, pensábamos en voz alta por aquellas calendas, y aunque la muerte nos despoja de todo por más que los efectos de una desaparición sean devastadores, el abandono no anula la memoria.

Como así fue. La mañana del día 11, tras pergeñar en Cádiz la crítica de los Jueves Flamencos, repasábamos las manifestaciones³ de cuatro artistas amigos. La Macanita recordaba cómo *sus ganas de vivir y su fuerza nos daban esperanzas a todos. Con lo de Morao es una pena muy grande, era tan joven*. Rancapino apelaba a la sinrazón de la mortalidad para quien *era un ser excepcional, un artista que ha sentado cátedra, pero sobre todo una bellísima persona*, como dijo Fernando de la Morena. Pero especialmente *se ha ido*

uno de los puntales de nuestro arte, sin exageraciones, con mayúsculas, al decir de Pepe de Lucía, en tanto que la viuda, Juana Jiménez Varea, con sus tres hijos, Diego, Manuel y Teresa, y su compañero del alma, José Mercé, no pudieron proferir palabras ante el último adiós al esposo, al padre y al amigo, más que expresar el llanto que florece en el silencio gris.

Pero la muerte no es muda. Los compañeros del decano local⁴ abrieron una flor de tinta y amor por el finado. Así, Juan de la Plata no necesitó de muchas palabras para principiar su obituario justificando que *empezó en 1966, siendo Moraíto chico, pero ha muerto siendo el Morao Grande*. Manuel Ríos Ruiz, subrayó cómo *su guitarra enaltecedora de la historia flamenca jerezana es entrañable en su sonido, como entrañable era su corazón gitano*. Antonio Núñez reseñaba algunos de sus muchos galardones. Y Francisco Sánchez Múgica ponía en boca de Paco de Lucía lo que nadie podía cuestionar: *Ha sido el guitarrista con más compás de todo el orbe flamenco, pero también un gran faro que hizo que el toque genuino no se perdiese en negras tormentas de falsa innovación*.

La jornada se hacía eterna. El sepelio tuvo lugar en la capilla del Tanatorio, y mientras una bandera blanca con la cruz de Santiago envolvía el féretro de Moraíto Chico camino a la sepultura del Cementerio La Merced, junto a La Paquera de Jerez, pasaban por nuestra mente imágenes de Morón, Madrid, Écija, Sevilla, Barcelona, Mairena del Alcor, Cádiz, Lebrija, Alcalá... y Jerez, siempre Jerez, con aquella Asociación Los Juncasles donde tantas veces con Luis de la Pica, Luis el Zambo y Chicharito nos preparamos a mediados de los noventa

para la vida, porque nadie se preocupa de prevenir la muerte.

Pero lo que nos permite vivir cada día es que hay muertos que están en la memoria de Dios y que resucitan cada día en el corazón. Como Moraíto, que de guitarrista sin parangón pasó a ser leyenda, como confirmaron los amigos del mundo del toro, del deporte y de la cultura en general. Él era *el sabor y el ritmo* -como lo definió Enrique de Melchor, que en el último año habló con Moraíto todas las semanas-, y de generación en generación, se repetirán los enaltecimientos de los diarios andaluces y nacionales hacia quien obligó a sus coetáneos a ponerle el termómetro a la guitarra.

Como escribiera Ángeles Castellanos, *no le interesaba pasar a la historia ni crear un nuevo sonido en la guitarra flamenca, pero logró que sonase profundamente personal*.⁵ Y en el mismo medio, Fermín Lobatón recordaba cómo *había logrado Manuel un estatus de prestigio dentro del mundo del arte y entre la gitanería. En los dos ámbitos se le escuchaba con respeto, por más que él nunca fue una persona pretenciosa, sino un ser sencillo, directo, cabal y sensible*.

Desde Sevilla, Manuel Bohórquez titulaba cómo *Moraíto Chico navega ya por un río de dolor con rumbo a la inmortalidad*.⁶ Y si Alberto García Reyes subrayaba que *Moraíto no sabía vivir sin estar abrazado a una guitarra flamenca y diciéndole ole a la salida de la soleá a su compadre José*,⁷ Pepe Marín miraba hacia adentro poniendo en comparación que *si en el toque de Parrilla existía un poso de recogimiento dramático, en el de Moraíto sobresalía la*

espuma de la alegría.⁸

Nosotros⁹, por nuestra parte, ensalzábamos *al guitarrista al que bastaba una genialidad entre las cuerdas o una 'pataíta' por bulerías, tan penetrante y pasmosa, para hacer llorar de gozo a los auditorios más diversos*, al par de recordar aquella noche mágica de 22 de enero en el Teatro Maestranza, *donde -como publicamos en su día- dejó a todos absortos con un toque por tangos con bulerías de espeluzno, magia heredada de la tradición familiar, tan significativa, como de los dos factores que para él determinaban su toque, tal que las vivencias con sus gentes, en Jerez, y su amor al cante, ya que se tenía por un cantaor frustrado*.

Tras la actuación donde Mercé presentó el concierto 'Ruido', Morao me comentó que venía renqueante de su enfermedad, producida por un enfisema pulmonar que se le había detectado hacía cuatro años. A quien vivió cada momento artístico como si fuera el último, la vida le estaba pasando factura. Y ahora, una docena de años después, hemos abierto la ventana por si la crónica de lo que no debió ser se anquilosa en el olvido. Claro que si aquel 10 de agosto le dijimos adiós para toda la vida y, por el contrario, llevamos toda una vida pensando en él, es porque la ausencia no anula el recuerdo de los genios.

1 Europa Press.

2 Efe.

3 www.lavozdigital.es

4 Diario de Jerez.

5 El País.

6 El Correo de Andalucía.

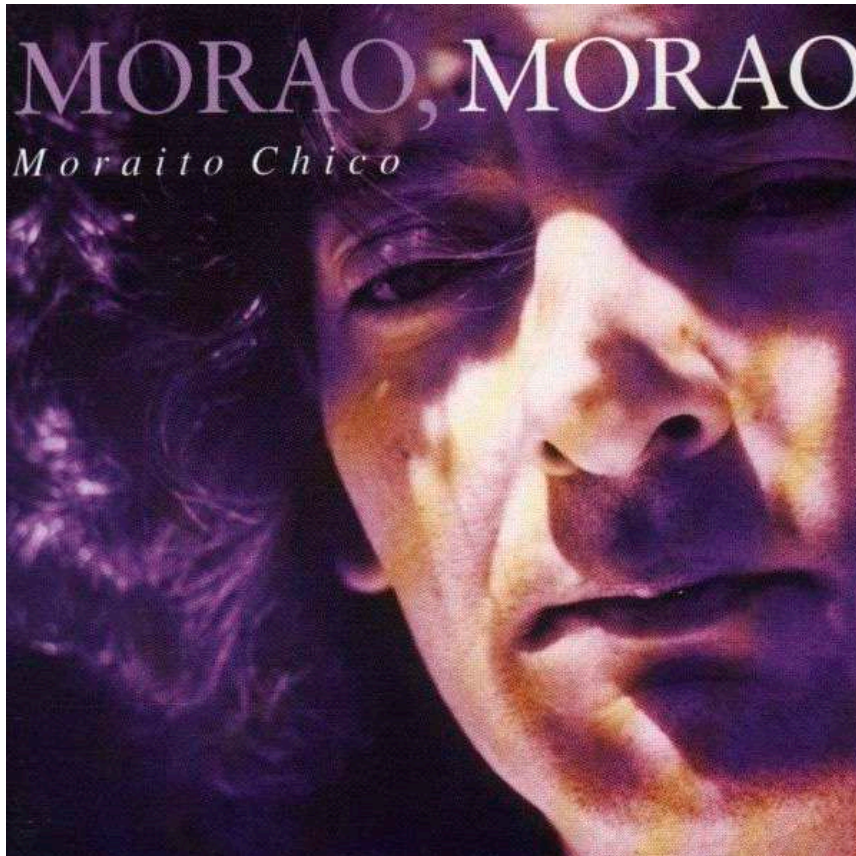
7 Abc.

8 Webflamenco.es

9 El Mundo.

La guitarra eterna de Moraíto de Jerez

Carlos Martín Ballester



1999 Moraíto (*Musivoz* 1999)

Quienes por cuestiones de edad no pudimos escuchar en directo a Ramón Montoya, Niño Ricardo, Manolo de Huelva o Melchor de Marchena, pero tenemos muy interiorizado su toque de acompañamiento gracias a sus grabaciones, sabemos la complejidad que entraña la elaboración de esa rara fórmula que mezcla la personal composición musical con la tensión y justeza propia de esa función esencial. No resulta sencillo lograr ese equilibrio y, menos aún, alcanzar la excelencia. Por un lado, el guitarrista ha de conocer en buena medida la música flamenca que le precede, un elemento indispensable para la

creación con fundamento; y por otro, ha de sumar a ese conocimiento toda una serie de valores intrínsecos y asimilados que son los que darán carácter a su interpretación. Hablamos de un concepto musical propio, que le permita elaborar sus propias composiciones o variaciones; de una capacidad rítmica que coadyuve a que el diálogo con el cantaor fluya con naturalidad; también de un carácter especial, pero sin caer en el exceso de protagonismo; por no hablar de las necesarias dosis de humildad que ha de adornar al *tocaor* (el cante *manda*).

Tradición, personalidad, compás o modestia son algunos de los atributos que cuando se dan en un mismo guitarrista, podemos decir que estamos ante una figura de época, en cuanto al acompañamiento se refiere. La figura de Manuel Moreno Junquera, el gran Moraíto de Jerez, que muy acertadamente recibe la XXXI Palma de Plata por parte de la Sociedad del Cante Grande de Algeciras, reunió muchos de esos valores a lo largo de su carrera artística, y por ello se convirtió en un artista valoradísimo, tanto por los aficionados, como por sus compañeros de profesión.

Moraíto de Jerez (así llamaban también a Manuel Morao en sus inicios), Moraíto Chico (ídem con Juan Morao de joven), Manolito de la Maora (apelativo de niño, por su abuela), o sencillamente Moraíto, que de todas esas maneras se le conoció, fue —como todos los aficionados saben— hijo del mencionado Juan Morao y sobrino de Manuel Morao. Heredero, por tanto, de una de las ramas de la guitarra jerezana más representativas que, como todas las demás, estuvieron marcadas por el magisterio y la estética

musical del legendario Javier Molina. Moraíto supo decantar ese legado flamenco y proyectarlo hacia el futuro, con un sonido propio, jerezanísimo y a la vez actualizado, que le convirtió durante muchos años en el guitarrista de acompañamiento más valorado y demandado. Prueba de ello es la nómina extensísima de cantaores que le eligieron, jerezanos y de fuera de su contorno.

Sus colaboraciones discográficas, como se puede deducir, fueron innumerables. Afortunadamente, acertó a grabar un par de trabajos en solitario de excelente factura: *Morao y oro* (1992) y *Morao, morao* (1999).

Con su temprana muerte se nos marchó un eslabón fundamental para entender la guitarra jerezana del cambio de siglo, además de una personalidad que vertebraba —con paladar y categoría— a la comunidad flamenca, en especial la del Barrio de Santiago. Quedó, eso sí, parte de su naturaleza en su hijo, Diego del Morao, uno de los guitarristas más brillantes en la actualidad.



1999 Moraíto (Musivoz 1999)

La huella de Moraíto

Estela Zatanía



Moraíto (foto: Estela Zatanía)

Aquel 10 de agosto hace doce años ya, con el opresivo calor del verano andaluz espesando el aire, ocurrió lo imposible: Jerez perdió el compás. En el barrio Santiago pesaba el silencio, y las pocas personas en la calle parecían moverse a cámara lenta. Como en Morón el día que murió Diego, o en Utrera cuando se fue Fernanda, o aquí en Jerez cuando Paquera se despidió. Parece que ciertos individuos no están destinados a morir, o al menos eso pensamos, y su ausencia provoca ese pensamiento de "debe haber algún error".

Gitanería, lugar de reunión de los flamencos

de entonces, cerrado...hasta los edificios estaban de luto. Al lado, el local que durante un tiempo fuera la guitarrería de Moraíto fue triste testimonio de un futuro que no pudo ser. Delante de la pescadería El Zambo, mucha gente reunida, pero en lugar de la ruidosa charla y los expansivos gestos de cualquier otro día, había un amargo silencio. En el bar de Agustín, donde Moraíto, al que ya decíamos "Morao", tomaba las cervezas de mediodía, donde tanto nos habíamos reído con él, un equipo de televisión documentaba el humilde local donde nuestro hombre pasaba media vida. En la casita de en frente con la imagen de una guitarra al lado de la puerta,



Con Mercé (foto Foti)

las paredes encaladas lloraban polvo, y en mi cabeza tocaba sin descanso una banda sonora de todas las siguiiriyas que había escuchado en mi vida. Una vez más el gran patriarca Manuel Moreno Jiménez, *Manuel Morao*, (1929), que actualmente vive una espléndida madurez, tuvo que despedir antes de tiempo a una pieza clave del frondoso árbol que representa su ilustre familia de guitarristas.

Cuando a toda una generación de guitarristas le faltaba tiempo para seguir el camino tan genialmente marcado por Paco de Lucía, Manuel Moreno Junquera probó cautelosamente esas aguas en busca de su

propia voz dentro del tsunami de modernidad. Renovación, sí, pero agarrándose férreamente a su tierra con olor a bodega, el repiqueteo de palmas y un vaivén rítmico inconfundible que pregonaba ¡Jerez presente! Paco de Lucía renovó el flamenco abriéndose a referencias musicales internacionales, Moraíto profundizó con voz propia desde las esencias interiorizadas de Jerez.

Nos dejó a su hijo Diego, que se ha ganado la más sincera admiración de la afición. También tenemos las numerosas colaboraciones en disco, y grabaciones en solitario, "Morao y oro" (1992) y "Morao, morao" (1999 y



reeditado en 2005). Entre otros honores, le fue concedida la Copa Jerez de la Cátedra de Flamencología y el Giraldillo a la Maestría de la Bienal de Flamenco de Sevilla. Había participado en septiembre del 2010 en la gala de apertura de la Bienal con Miguel Poveda en "Historias de viva voz", y su último recital tuvo lugar en el Festival Flamenco de Nîmes del 2011. Esa misma semana, en la Bienal de Holanda fue estrenado un excelente documental, producción de la organización de dicho evento, "El cante bueno, duele", en el cual Moraíto es la figura central para dejar testimonio de su arte y del ambiente flamenco de su familia y ciudad.

El día que fue rotulada una calle con su nombre en pleno centro del barrio, a la sombra de la iglesia de Santiago, las palabras oficiales eran: "Por haber sido un jerezano internacional, exportando su excelente categoría artística, profesional y humana». Concejales del Ayuntamiento, familiares, muchos amigos y admiradores llenaron la humilde calle para presenciar este momento histórico. Vicente Soto, Luis y Enrique Zambo, Diego Carrasco, Jesús Méndez, Antonio Higuero, David Lagos, Niño Jero y muchas otras figuras del flamenco estaban presentes para mostrar su solidaridad y cariño por el gran guitarrista y amigo que tanto admiramos y echamos de menos.

El 18 de noviembre del 2011 hubo en Jerez un gran homenaje a Moraíto, con la asistencia de más de 3000 personas y la actuación de numerosos artistas, y continuación en Madrid los días 14 y 15 de diciembre. En ambos eventos la barrera entre público y artista se difuminó con el intenso fluir de las emociones, y con la oleada musical curativa sentimos la presencia de nuestro Moraíto.

Aquella mañana del Prendi en Santiago la última vez que lo vivió. Aquel día las bulerías en *Gitanería* se cocían a más calor que la sopa de tomate de Mateo Soleá. Y más bulerías. Y Moraíto en medio del círculo con su simpática pataíta me tiró de la mano para bailar con él. Qué pinta más flamenca con su sombrero de paja que llevaba para ir al campo a recoger hongos. Ausencia total de artisteo. La sonrisa abierta e inocente como en aquel episodio de Rito y Geografía del Cante, año 1973, con 17 años, donde acompaña el cante de Antonio de Malena, carismático y bondadoso. Son estos recuerdos sencillos y caseros los que perduran y te marcan para siempre.

El toque de los Morao

Juan Antonio Palacios Escobar

Érase una vez, un qué y un dónde, un espacio y un tiempo, un lugar y una familia. Jerez, Barrio de Santiago, se oían lo acordes, el toque de una guitarra que se proyectaba hacia el mundo y resonaba a nivel internacional. Los Morao, cada uno y cada cual con su impronta, pero con dos características: sonaban gitano; ya Juan Morao dejó dicho que este instrumento de las seis cuerdas nació para el gitano; y de manera diferente y revolucionaria.

No quiero ni pretendo hacer un análisis bibliográfico de esta saga de tocaores y guitarristas, de músicos con esencia y raíces, y este verano el hijo del personaje de esta historia Diego el Morao, nos dio una lección de grandeza, de sabiduría y sencillez, al dedicar su actuación a nuestro maestro universal, PACO DE LUCIA y a ti, su padre, MORAÍTO CHICO, que aunque nos dejaste huérfanos de tu mágico y magistral toque hace doce años, un agosto de 2011, tu música y tu legado continúa llenándonos de FLAMENCO sin artificios, con la profundidad del saber ser y el saber estar.

Me imagino que los tuyos, tus amigos y tu familia, te habrán informado que a los premios y galardones que tienes, desde la Copa de Jerez de la Cátedra de Flamencología, al Primer Premio Nacional de Guitarra Flamenca de la Peña de los Cernícalos, la Insignia de Oro de la Peña Tío José de Paula, el Giraldillo de la Maestría de la Bienal de Flamenco de Sevilla, así como a título póstumo, el nombramiento

de Hijo Predilecto de Jerez o la Medalla de la Provincia de Cádiz, pues a todo eso, este año 2023, te han concedido uno de los Premios más importantes y prestigiosos del mundo del FLAMENCO que otorga la Sociedad del Cante Grande de Algeciras, la XXXI Palma de Plata "Ciudad de Algeciras" y sé que desde tu arte, tu magia, tu duende y el dominio del compás y el silencio, te pondrás enrojecido por no considerarte merecedor de lo que siempre has hecho desde que naciste, tocar la guitarra y a los más grandes, inundando los escenarios del mundo del sonido de las seis cuerdas con tus manos y dedos.

Desde Manolo Caracol a José Mercé pasando por nuestra Paquera, Agujetas, Canela de San Roque, Capullo, Sordera, Moneo o Niña Pastori, entre otros muchos, supiste sacar siempre lo mejor de los cantaores y aportando con tu música toda la imaginación y creatividad que construían un todo que nos llega a lo más jondo de nuestras entrañas.

Cuentan quienes fueron testigos de ella, de una conversación entre nuestro maestro universal, PACO DE LUCÍA y MORAÍTO CHICO, tras recoger el doctorado "honoris Causa", que le otorgó la Universidad de Cádiz, quien después de escucharte interpretar unas bulerías, te dijo "Morao gracias por la bulería ...Los guitarristas de antes, ahora y después se tienen que poner firmes con esa manera de manejar los tiempos de la guitarra".

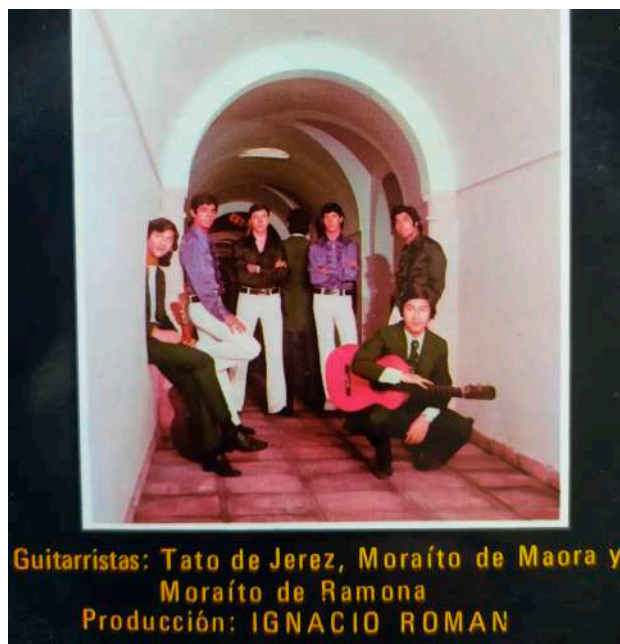
A lo que Morao con su singular humildad y sencillez, le contestó "Paco no me digas esas cosas...Que no ...Que yo solo sé hacer cuatro cositas al lado de como está hoy la guitarra" Y Paco le contestó "Mira Morao...has hecho cuatro silencios que son de libro .A ti no te hace falta estudiar más ¿Sabes?. Porque el toque te sale del pecho, de los adentros"

De nuevo Morao con esa auténtica modestia de los grandes le replicó al maestro "Qué va Paco que vá ...si te veo tocar y me llevo loco dos años .En fin mira me llevas de gira contigo y que tengo muchas cosas que pagar". Y los dos genios se rieron como dos compadres de nuevo abrazados.

Desde los 11 años en que su tío Manuel Morao te dio la oportunidad de tocar en la Plaza de Toros de Jerez, hasta que comenzaste como profesional acompañando a la excepcional Paquera, entre cantes y bailes, siguen desde el emblemático Barrio de Santiago, sonando tus acordes a lo lejos en compañía de PACO DE LUCIA y acompañando a CAMARON y sintiéndote a lo cerca por todos los poros de nuestro cuerpo mientras nos perdemos como en un estado de levitación entre las calles Nueva, Ancha, de la Sangre y Barreras

En la calle Nueva en la que nació Manuel Morao, tu tío que a sus más de 94 años tiene también el privilegio de contar con la Palma de Plata de 2016, se te recuerda y se habla a diario de ti y de tu toque, y aunque te hayas ido, cuando te oímos sigues emocionándonos con tus juegos de ritmos y contrapuntos, con tus falsetas que impregnan el toque de tu hijo Diego y de todas las guitarras jerezanas de hoy.

Son muchos los artistas que nacieron en aquel espacio, tal vez uno de los de más



1972 Los Faraones



Moraíto (foto: Pedro Carabante-Peri)

arte de Andalucía, España y la Humanidad. A ti, Manuel Moreno Junquera, "MORAÍTO CHICO", vaya el tributo de nuestro homenaje y reconocimiento, a tu arte haciendo una música que nos conmueve y nos hace temblar por dentro.

Gracias por emocionarnos, y por hablarnos a través de tu guitarra, por ese FLAMENCO sin martingalas ni falsedades. Y como comencé, digo punto y seguido con unas palabras de mi amigo y sabio de nuestro arte más genuino Pepe Vargas que dice que "Bailabas con una elegancia insuperable". Érase una vez y continúa siendo como todo lo auténtico, MORAÍTO CHICO.

Moraíto toca gitano

Enrique Montiel



Moraíto (foto P. Carabante- Peri)

En el sorprendente disco *Journey to the roots of flamenco -Las Raíces del Flamenco-* existe un *Moraíto* muy poco conocido. Se trata de un guitarrista que entra en contacto con los *Diwani*, una variedad caligráfica del árabe, con un estilo en cursiva desarrollado durante el imperio Turco Otomano (siglos XVI al XVII). *Diwani* o la caligrafía *Diwani* se caracteriza por la armonía y la belleza. La impresión extraída de este disco inclasificable, es que estamos en presencia de formas cantoras milenarias de cantes ligados, dichos en arameo, la lengua que se habló en Irán, Líbano, Siria, Israel y Palestina; en la línea de lo que en la tradición flamenca de Andalucía podrían ser las seguriyas y tonás. Ese encuentro, difícil de resistirse, habla de un parecido más que sorprendente. La musicología podría decirnos de las pausas, el predominio de

lo oriental en la forma melismática, en particular el canto del almuédano, y las medidas similares a nuestros cantes más íntimos y ancestrales.

Manuel Moreno Junquera, en el siglo *Moraíto Chico*, nació en Jerez de la Frontera en 1956 y murió en 2011. Todavía se llora su recuerdo pues fue una persona llena de alegría y sentido de la amistad, tocado por la gracia y el compás flamenco. Nos dicen que a los 11 años debutó en el festival que organizaba su tío *Manuel Morao*, que ejercería sobre el futuro guitarrista alguna influencia, además de la de Parrilla de Jerez. Imagino que son cosas que hay que decir pero lo cierto es que el último *Moraíto* representaba el conjunto de aristas y maneras de lo que bastantes llaman el 'tocar gitano'. Curioso este modo de

definir. No tiene que ver con la mecánica, no tiene que ver con la pausa, el compás, el brillo de la guitarra, el uso del bordón ni el rasgueo. Digo que no sólo. Para mí es como el poema del San Juan de la Cruz, su *no sé que queda balbuciendo*.

Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo;
y todos más me llagan
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

El santo carmelita de Fontiveros encontró en estas palabras las explicaciones pertinentes para gran parte del misterioso uso del Arte, máxima expresión de la belleza que con la bondad y el bien era Dios. Queda balbuciendo..., en modo de silencio de asentimiento, ese 'toca gitano, modo de definir lo que significa *Moraíto* en el flamenco del siglo XXI. La construcción de la idea se puede aplicar, se aplica de hecho, al cante y el baile. Camarón 'cantaba' gitano, y Manuela Carrasco o Farruco 'bailaban' gitano. Lo que era un modo de punto y final a la definición artística de los modos y maneras, que se establecían como categorías ontológicas en el Flamenco Gitano, que era una definición al modo de lo que queda balbuciendo del Flamenco, que es uno y múltiple.

Cuando nuestro guitarrista oyó los Diwani de varios autores de estos países del arameo, vio claramente la existencia de una consanguinidad musical y se prestó a "meter su guitarra" por ahí. El resultado, ya decía, fue un disco sorprendente que debería hacernos reflexionar sobre el camino que recorrió el cante en su largo viaje desde la India a la Andalucía primigenia.

2011 fue un año trágico para la afición flamenca. La muerte de *Moraíto Chico* puso mucha tristeza y orfandad a la afición flamenca. Por las condiciones personales del guitarrista, un hombre bueno, artista, risueño y alegre. Que había compuesto



*Moraíto con José Mercé y Enrique Montiel
(foto familiar cedida por E. Montiel)*

junto a tantos a los que acompañó en el cante un cuadro difícil de olvidar, con su guitarra que nunca paró de 'tocar' gitano, siendo el adorno perfecto, el acompañamiento obligatorio. Invito al lector a que oiga de nuevo Rocayisa o Sor Bulería. De pronto hemos vuelto a nuestros días, abruptamente. Los melismas en arameo, de pronto, se han convertido en esta efervescencia, esta alegría, este tocar gitano. Inolvidable. La guitarra de Manuel Moreno Junquera te impide pensar, te ha atrapado desde los primeros compases. Ya no es posible destacar que viene de una guitarra perfecta sino desde una manera espectacular de abordar el poder del flamenco. Llegó del Cielo este misterio a las manos. Finalmente es una guitarra tan expresiva que no compite con la perfección, no entra en otros terrenos. Marca el compás y calla cuando es necesario, si se pone al servicio del cantaor y el cante. Por eso a menos que preguntes, Jerez llora su ausencia, se rompe la camisa por el dolor, la pena y las tragedias de la vida. Y de lo único, lo inefable. San Juan de la Cruz.

Porque tocó al Jerez de los siglos, a todo Jerez.

El duende se llama Morao

Antonio Conde

Siempre fue Moraíto Chico. También Morao, a secas. Y lo fue porque el legado generacional de esta saga de guitarristas, la más ilustre y señera que ha tenido Jerez a lo largo de su historia, ha sucumbido a los tiempos y se evoca como una larga estirpe que no tiene fin. Manuel Moreno Junquera es el eslabón vibrante de una ciudad, de su pasado y su futuro sonoro. Representó el paradigma de la evolución guitarrística desde el concepto de la evolución de una estética musical y flamenca cuyo eje vertebrador ha sido la sonanta, a partir de la cual se ha construido la esencia del toque de Jerez.

Javier Molina es el patriarca del soniquete de la tierra de Morao, de la representación de una forma de entender la esencia sonora desde el prisma del flamenco de barrio, de familia, de patrimonio social, cultural y musical. El origen. El nacimiento del sonido

jerezano con Molina formó parte de la creación de una forma de asumir y entender la guitarra. A partir de aquí, diferentes paradas generacionales en distintas manos de una sola familia, han construido lo que hoy conocemos como el sello 'Morao'.

Podemos retrotraernos al origen familiar en manos del padre de Manuel, Juan, y de su tío Manuel Morao. Los principales valedores de componer no sólo falsetas y formas de conceptualizar el toque sino, y sobre todo, de imbuir en ellas la tradición cantaora, bailaora y guitarrística a través de las seis cuerdas. De este modo, podemos asociar inequívocamente un sonido a una ciudad. Jerez al soniquete de Los Morao.

Moraíto no tuvo alternativa: nació artista, nació tocaor. Se propuso sin buscarlo elevar a la categoría



Antonio Conde y Moraíto (foto cedida por A. Conde)



Moraíto (foto Pedro Carabante-Peri)

de aún más grande el toque heredado en sus genes, recibido de las manos de los que lo precedieron. Nació, irremediabilmente, con el compromiso de mantener el nivel por encima de un sonido amparado en ese legado. Porque además de ello, consiguió crear y componer, traspasar fronteras creadoras y creativas para imponer un criterio personal, una forma de entender y respetar todo lo aprendido. Así pues, en ese viaje creativo atesoró la capacidad y la habilidad de crear un sello propio aun dentro de los rasgos definitorios de su estirpe.

Cualquier aficionado que se precie es capaz de identificar las notas que salieron de la impronta de Moraíto. Porque fue único. No necesitó tener un repertorio extenso para sentar cátedra. El propio Paco de Lucía envidiaba su soniquete. Fue en Algeciras cuando ambos se reencontraron y Moraíto se deshacía en elogios hacia la figura artística y el toque de Paco. Sin embargo, éste le espetó: "Yo seré Paco de Lucía pero nunca tendré

tu swing". Ese swing, ese soniquete tan personal era envidiado por el más grande. Ahí es nada. Ahí es todo.

Además, Moraíto fue el artista más humilde que haya nacido en Jerez. Y no es una apreciación personal, que lo es, sino un axioma que nadie puso en duda ni en vida ni se atreverá tras su muerte. Porque entre otras muchas cosas, lo que lo hacía aún más grande era su generosidad para con el aficionado de a pie. Su trato cercano, de tú a tú aunque no te conociera, hacía más grande al hombre y con ello encumbraba aún más al artista. Y hablo en primera persona. Aún recuerdo cuando, allá por 2007, quise comprarme una guitarra de un conocido luthier madrileño. Contacté con él casi con miedo, para que probara la guitarra y me diera su opinión acerca de la calidad. Nos reunimos en el estudio de la calle Muro, de casualidad, y allí probó la guitarra. Estuvimos un rato compartiendo impresiones. Aquello marcó. Porque su sinceridad

fue aplastante. Fue un amigo que habla sin filtros, no por querer quedar bien o dar coba, sin crear falsas expectativas. Me dijo: "Antonio, esta guitarra, en mi opinión, no vale lo que te piden". Sentencia. No dijo nada más. Apenas repitió la frase dos veces. Al día siguiente devolví la guitarra al vendedor, mi maestro Manuel Lozano 'el Carbonero', que la tenía a la venta por un compromiso. Él mismo, cuando le informé de que la habían probado varios guitarristas se arrogó e hizo suya la opinión de Moraíto. Ambos coincidieron en el veredicto. Sin discusión.

A partir de aquel momento, todos los encuentros con Manuel fueron cercanos, directos y afables. Algunos de ellos y durante muchos años se produjeron en el Festival de Nîmes, donde el ambiente familiar creado por su director artístico Patrick Bellito ha reverberado durante las dos últimas décadas.

A Morao no solo había y hay que apreciarlo por su calidad flamenca. Su valía personal daba, sin quererlo, más protagonismo aún a su figura artística. Desprendía un halo de ser entrañable que superaba a la generosidad de su toque. Recuerdo en otra ocasión que lo programaron para acompañar a Luís 'El Zambo' en la peña Tío José de Paula en su programación de otoño. Sería el año 2007-2008. Yo llevé de invitados a dos septuagenarios del Burgo de Osma, un pequeño pueblo de Soria. Nunca habían escuchado flamenco en directo. Cuando terminó la primera parte, ella acertó a decirme: "Nunca hemos escuchado flamenco en directo. Nos ha sorprendido cómo suena la voz del cantante en directo. No sabemos nada de nada de flamenco. Lo sentimos, pero ese guitarrista nos ha emocionado como nunca antes una música lo había hecho". La contundencia de aquellas palabras dictó la sentencia del mejor juez de lo jondo que pueda existir.

El poder de transmisión superó la autoridad que pueda representar pertenecer a una saga como

esta. No hubo ni habrá una mala palabra para Moraíto. Cuando falleció, la ciudad de Jerez quedó huérfana no sólo de un artista, quizás el más querido de su generación, sino de una forma de entender el flamenco. Perteneció a la que podríamos llamar la última generación de vivencias. Imprescindible para entender el flamenco en su contexto social y familiar. Un espíritu de soledad flamenca caminaba por las calles de Jerez tras su desaparición. Fernando de la Morena solía decir que con Moraíto se fue el mayor de los flamencos y el mejor de los jerezanos. El inventor de expresiones idolatraba a su 'primo Morao' y no fue para menos. En el recuerdo quedará la letra que le dedicó por seguiriyas en el disco 'V.O.R.S' Jerez al cante, con la guitarra de Manuel Parrilla acordándose de Tío José de Paula y de Manuel Torres en la estilística cantaora:

Ay, Ay

Qué prontito te has ido
qué pena más grande
pero en mi alma aún suena tu guitarra
juntito a mi cante.

Ay, Ay

Al que está en Santiago
yo se lo he rogao
de que dejara un laíto en el cielo
a mi primo el Morao
y al que está en Santiago
a mi Prendi de mi alma
yo se lo he rogao.

A mí me dio escalofríos

yo me eché a llorar

A mí me dio, omaíta, escalofríos

y qué dolor que a esta guitarra tan gitana
nadie la vuelva a escuchar

Hubo un antes y un después de su existencia. Lo que otros llaman "duende" yo lo llamo "Morao".

Moraíto Chico, un guitarrista singular

Antonio Nieto del Viso



Moraíto en Casabermeja (foto Juan Nebro)

El 10 de agosto de 2011, fue un día fatídico para la guitarra flamenca, se marchó para siempre Manuel Moreno Junquera, para la historia Moraíto Chico. Con su muerte, el Arte Flamenco perdió una de las referencias del genuino toque jerezano perteneciente a la casta de Los Moraos, hijo del también inolvidable y excelente tocaor Juan Morao. Nuestro homenajeado a título póstumo con la XXXI Palma de Plata, merecidísima por supuesto,

nació en el jerezano barrio de Santiago el 13 de septiembre de 1956. Por lo tanto, fue un guitarrista puente entre dos generaciones que han aportado honor y gloria al toque flamenco de concierto y de acompañamiento del que estamos disfrutando en la actualidad y para las generaciones venideras. Desde su más tierna infancia escuchó a su padre tocar la guitarra. Lógico que haya expresado en su sonido las influencias de su progenitor, como

también de su tío Manuel Morao; una dinastía de varias generaciones en las que el duende, la generosidad, el sentimiento, y su forma peculiar e inconfundible, que el tiempo se ha encargado de engrandecer.

Moraíto Chico, en su corta pero intensa vida artística abrió el tarro de las mejores esencias acordándose de un toque alegre y virtuoso de Paco Cepero y Manuel Parrilla, escuelas inconfundibles de un toque que distingue el compás de un ritmo que sigue marcando tendencias con su hijo Diego del Morao.

En su discografía, y en los documentos sonoros, y en nuestra memoria, quedan patentes un toque grande que procede de tiempos lejano, que seguidamente hablaremos para comprender su labor de concertista, como en la de acompañamiento junto al gran José Mercé, un binomio irrepetible del sur de España, que ha irradiado a los selectos ambientes flamencos procedente de antiquísimas culturas que subyacen de generación en generación.

Temprano levantó su vuelo flamenco Moraíto Chico, con 11 años debutó en su ciudad natal acompañando a la inolvidable Paquera de Jerez, una voz tan potente que asustaba a los espectadores. Así sucedió pocos años antes de su muerte en las jornadas flamencas de Caja Madrid. Muchos años antes, también con Francisca Méndez Garrido, debutó con quince años en el mítico tablao Los Canasteros, que junto a Zambra dejaron sus credenciales los grandes del cante, el toque, y el baile de aquella época en la capital de España. Manolito de la Maora, como fue conocido en su juventud, nos ha dejado para la historia sus falsetas, trémolos y arpegios en los que la invisible fuerza del duende que se sumergieron profundamente para trasladarnos a la realidad de lo verdadero y auténtico; al menos a mí me lo parece cuando en el corazón y lo vivido permanece

en nuestra memoria flamenca de lo que un artista flamenco expone en un escenario, o en una buena reunión de cabales donde se para el tiempo para que el rito se apodere de todo. Resumiendo: La técnica innata que alcanzó al comienzo de su madurez quedó truncada con su muerte acaecida el 10 de agosto de 2011.

Su discografía como concertista, no es muy abundante, pero es suficiente para comprender su personalidad y su tiempo. Su vena artística, y lo más importante de todo es, su estética del terruño, unido a su raza como complemento precede para distinguir sus toques clásicos y vanguardistas que nunca dejan de ser flamencos.

De su Cd. conocido como "Morao y Oro" está el tema "Terremoto" una extraordinaria cabal del Loco Mateo, que la dedicó a la memoria de aquel gran cantaor que fue Terremoto de Jerez. A mi juicio, es de lo mejor de todos los títulos.

Dentro de esta gran obra grabada en 1992 es necesario detenerse en "Ventorrillo de La Unión, toque de los cantes de Levante muy meritorio. Sin perder la compostura, ni la ortodoxia, nos sitúa en "Mercado persa" donde sobresalen restos de música andalusí y sonos de oriente.

Su segundo trabajo, es conocido como "Morao Morao" grabado siete años después contiene diez cortes cargados de categoría de un guitarrista ya formado. Me detengo formalmente ante la razón sonora dedicado a "Momá Mahora", son siete minutos para retener en la memoria, donde sus recuerdos, sus vivencias de niño, su juventud, y el cariño tiene el esplendor del sonido jerezano en toda regla. No podemos dejar atrás el resto de obras, adornadas con palmas y jaleos, en los tangos, la bulería por soleá y "Maria Vala", todo un prestigio de la obra de un hombre bueno. Que fue Manuel Moreno Junquera, que tiene un sitio de honor en la historia, como Moraíto Chico.

Gitanismo y Jerezanía

Luis López Ruiz



Manuel Morao y Gitanos de Jerez (foto cedida por Ramón Soler)

Si decimos Manuel Moreno Junquera – sin más – esto quizás signifique poco para algunos. Será necesario decir que se trata de Moraíto Chico, el guitarrista de la saga de los Morao, nacido en Jerez el 13 de septiembre de 1956. Entonces, cualquiera con un mínimo conocimiento del mundillo flamenco, sabrá a quien nos referimos.

No es que vayamos a hacer aquí una biografía suya, que es de sobra conocida. Lo único que pretendemos es ofrecer algunos datos que ayuden a dibujar mejor el perfil de su figura. Nada más.

A Moraíto la guitarra le viene por su padre, Juan Morao y por su tío Manuel. El sobrenombre, no. Esto le viene de más atrás porque es herencia de su abuelo, el Viejo Morao. Muchos “flamencólogos de gabinete” – como diría

Juan de la Plata – han afirmado por error que el abuelo era guitarrista pero es falso: era cantaor. Cantaor de reunión, que en Jerez es mucho decir porque han sido siempre muchos y muy buenos. Al Morao Viejo, cantaor, lo conocían como Moraíto y de ahí que su nieto sea Moraíto Chico. Pero a éste la guitarra también le viene de todos los guitarristas que hubo en Jerez desde siempre: de Javier Molina, de Currito de la Jeroma, de Rafael del Águila, del Tío Parrilla, de Paco Cepero, de Juan y Manuel Morao – como ya se ha dicho –, de Parrilla de Jerez, de los Jero, de Perico el del Lunar el viejo, de José Luis Balao... De todos ellos tiene algo, unos son payos y otros gitanos. Pero en Jerez ocurre lo que quizás no sucede en ningún otro sitio: no hay distinción entre unos y otros. En Jerez, gitanos y no gitanos no se distinguen. Los habitantes de Jerez son, por encima de todo,

jerezanos. Sin más. Podría pensarse, quizás que esto ocurre en todas partes: en Sevilla, sevillanos; en Cádiz, gaditanos o en Málaga, malagueños pero en Jerez, el topónimo, tiene una dimensión especial y, por encima de españoles o andaluces, los nacidos allí se consideran, más que nada, jerezanos. Lo de ser gitano o payo es secundario. Tanto es así que, a veces, las cosas se confunden. Hay artistas que son conocidos como gitanos sin serlo del todo. La Piriñaca o Lola Flores, por ejemplo. Todo el mundo – o casi – piensa que son gitanas hasta el tuétano y no es así. Cuando yo pasé una tarde con la Piriñana en su casa de la calle de la Sangre, en el barrio jerezano de Santiago, me confesó – con su lenguaje enrevesado - “ mi mare era paya pero mi pare no era gitano puro; mi pare era cruzao, la mitad, porque su mare era gitana pura, mi abuela gitana pura, pero mi pare era cruzao.” Confuso pero, al final, queda claro: su padre, medio gitano; su madre, ni eso. Y en el caso de Lola Flores se sabe que su madre era gitana y su padre, payo aunque se la considere gitana total. Porque, en Jerez, lo que priva, es la jerezanía. Lo de ser gitano o no, es lo de menos. Y en el toque, también. En unos hay gitanismo – como en Moraíto Chico – y en todos, por encima de otras consideraciones, jerezanía. Pero ¿qué es esto que conocemos como “toque de Jerez”? Vamos a intentar descifrarlo.

En primer lugar hay que decir que, abanderado fundamental de ese tipo de toque, es Moraíto Chico. Pero ¿en qué consiste? Aportaré sólo algunos rasgos para que vayamos entendiéndonos. En primer lugar hay que decir que, en el toque de Jerez, prima el rasgeo con un intenso sentido del compás y una cadencia muy acentuada. Es un toque de sabor exquisito con melodías cortas. Dato inexcusable en todo aquel que pretenda hacerlo sonar en su guitarra es el conocimiento del cante.

Todo el que quiera tocar al modo de Jerez necesita tener un profundo conocimiento del cante. En ningún sitio están tan fundidos el cante, el toque y el baile como en Jerez. Y no se trata de que, el que toca, sea también cantaor sino que conozca profundamente el cante. El toque de Jerez es un toque airoso y rítmico, carente de virtuosismo, que tiene como técnicas sobresalientes, el rasgado – como ya se ha dicho – y el empleo del pulgar y el índice. Yo, por desgracia, no sé música pero, dicen los que saben, que es “un toque por medio”, es decir, acorde de reposo en La M. Hay un uso muy frecuente, casi continuo, de arpeggios y trémolos con algo que pudiera parecer, al mismo tiempo, sorprendente: el golpeo con la mano abierta sobre la tapa de la guitarra. Todo ello lo encontramos, quizás más que en ningún otro tocaor, en Moraíto Chico.

Recuerdo que, estando un día con Juan de la Plata, salió el tema de los Morao. Le comenté que me parecían unos guitarristas formidables, especialmente Manuel y que lamentaba que tuviera, a veces, actitudes tan soberbias y tan carentes de respeto cuando se tratan asuntos flamencos. Juan se quedó callado unos instantes y luego me dijo: “Lo que le pasa a Manuel Morao es que su sobrino toca mejor que él y esto no lo ha sabido asumir. De ahí que, encolerizado, tenga con frecuencia esas actitudes tan altaneras y arrogantes.” Entonces fui yo el que cayó en el mutismo y me quedé pensando un rato. Recordaba el día que vi, en el Sadler’s Wells Theatre de Londres, el ballet de Antonio con Antonio Mairena al cante y Manuel Morao al toque. ¡Cómo tocó Manuel Morao aquel día! ¿Era posible tocar mejor que como lo hizo él aquella noche? ¡Pues sí! Moraíto lo había conseguido, no sólo acompañando el cante (y si no que se lo pregunten a José Mercé) sino – y sobre todo – cuando actuaba como concertista. Y me convencí de que Juan de la Plata, tenía razón.



En Ronda, año 2010, Moraíto con José Luis Lara, Diego Carrasco, Curro Díaz y el torero Fran Rivera (foto: J. L. Lara)

Hay un rasgo también que le hace diferente: la sonrisa. Por regla general, los guitarristas son muy serios. Lo que en Diego del Gastor pudiera parecer una media sonrisa al menos, si nos fijamos bien, es una mueca, incluso amarga. Con su melena y su sombrero ladeado, Moraíto es una excepción, que sonríe, más que de felicidad, de complacencia. No sé si sonreiría también en aquel triste domingo 16 de enero de 2011 en el Festival de Nîmes, cuando actuó por última vez en Francia, con la muerte ya rondándole por los adentros. Luego vendría otro éxito arrollador el 22 del mismo mes, en el Maestranza de Sevilla, tocándole a José Mercé con la muerte ya más cerca todavía.

He vivido muchos años en Francia y no es raro que conozca y tenga bastante amistad con algunos guitarristas franceses de flamenco. Por ejemplo, con Pedro Soler o con Claude Worms. Y este último me dijo un día algo fundamental: "A Moraíto le debemos la última evolución del toque por bulerías de Jerez: le adaptó el toque en arpegios de Paco de Lucía o de Manolo

Sanlúcar, por ejemplo. Los arpegios de tres notas superponiendo unos fraseos ternarios sobre un ritmo que seguimos percibiendo como binarios." Ya he dicho que no sé música y lo siento porque, entendí sólo a medias lo que me decía, aunque creo que, en el fondo, capté íntegramente lo que estaba diciéndome. Aparte de que, no hay nada que entender; basta con tener sensibilidad y escuchar tocar a Moraíto Chico. Su toque podemos resumirlo así:

Sentido del ritmo – bordonazos – toque gitano (a mí me recuerda a Diego del Gastor) – concisión – el ritmo y la melodía por encima y por delante de la armonía – toque "a cuerda pelá", o lo que es lo mismo: picado y apoyo en el pulgar – persistencia del toque antiguo y del alzapúa (ataques alternos del pulgar y el índice) – gran riqueza rítmica - melodías cortas – profundo conocimiento del cante – con estos palos como preferidos: alegría, bulería, bulería por soleá, seguriya, soleá, tangos y tientos.

Todo un compendio maravilloso de gitanismo y jerezanía.

La mitad de mi vida está pendiente de la otra
mitad. ¿Hacia qué lado se inclinan los recuerdos
como el árbol hacia los vientos dominantes?
(José María Caballero Bonald)

Moraíto: El Príncipe de Santiago

José Durán Vargas



En Casabermeja con el Chino de Málaga (foto Juan Nebro)

El uso del diminutivo modifica el significado de una palabra, generalmente un sustantivo, dando un matiz de tamaño pequeño o de poca importancia. Pero en otras ocasiones se emplea, más bien, como expresión de cariño y afecto. Este es el caso de *"Moraíto chico"*, a lo que habría que añadir que nunca un diminutivo fue tan superlativo. Porque en su caso, expresa la excelencia en su grado máximo.

Desde Chicago, el guitarrista **Tomás de Utrera**, decía, no hace mucho en una red social, que el flamenco era de amigos íntimos y habitaciones

pequeñas. Lo que es conocido también como *reuniones de cabales*. El flamenco fue durante mucho tiempo un arte de transmisión oral, sobre todo en las familias gitanas de la Baja Andalucía. Pero los tiempos cambiaron. Del duro trabajo en las gañanías y de las noches aguantando a los señoritos, se pasó a los tablaos, los festivales, las peñas y los teatros. Se produjo una profesionalización, y con ella, la merecida *dignificación* por la que tanto luchó Antonio Mairena. Pero también empezó a cambiar la manera de relacionarse entre ellos. De aquellas reuniones y de la convivencia en los corralones y patios de vecinos, donde la palabra

solidaridad cobraba tanto sentido, apenas queda un vago recuerdo. Anhele con mucha nostalgia aquellos años de los Juncas donde Moraíto solía reunirse con los amigos de toda la vida. La guitarra, su personalidad arrolladora, unida a su nobleza y a una simpatía sin igual hacían que fuera la persona más destacada de una generación de artistas entorno a la cual giraba todo. Si Tomás Pavón fue el Príncipe de la Alameda, puedo decir, sin temor a equivocarme, que Moraíto fue el Príncipe de Santiago.

Manuel Moreno Junquera (1956-2011) nace en Jerez de la Frontera y procede de una saga en la que su Tío Manuel Morao es su patriarca y una de las fuentes más fidedignas que nos quedan. Es responsable del desarrollo de la técnica de la guitarra jerezana y de ser el mentor de un semillero de artistas que abarca varias generaciones en las tres dimensiones de este arte. Moraíto era hijo de Juan Morao, hermano de éste, y otro excelente guitarrista aunque no llegara al nivel artístico de su hermano. Moraíto constituyó un revulsivo estético que, lejos de destruir los cimientos, se preocupó por desperezar la tradición integrándola en el presente. Doce años hacen desde que nos dejó y no hay un festival flamenco en el que algún tocaor no haga una falseta suya por soleá o por bulerías. Fue también en el acompañamiento el catalizador que potenciaba a cada cantaor con su toque preciso y ajustado. En una ocasión le pregunté cuál era el secreto del toque para acompañar y me contestó con la mano en el corazón:

- El guitarrista tiene que ir un milímetro por delante, presentir el cante antes de sentirlo.

Cantaors como Manuel Moneo, El Torta, José Mercé, Fernando de la Morena, La Macanita, Tía Juana la del Pipa, Luis el Zambo y muchos más elegían su acompañamiento porque su toque potenciaba exponencialmente su cante.

La primera vez que lo conocí, fue en el Bar Taxi de Casabermeja. Allí es donde paraban muchos artistas antes de dirigirse a la Peña cuando venían con tiempo. Esta taberna que regentaba Antonio Cañá, heredada de su padre, era famosa por sus jamones, su chacina y sus quesos. ¿Cómo no iba llegar el Morao? Siempre lo hacía. Agustín Brenes



En Casabermeja con Ramón Soler (foto Juan Nebro)

y Pepe el de la Rubia, presidente y vicepresidente de la peña, respectivamente, por aquel entonces, nos dijo que iban a llegar allí. Y lo que tomaran corría a cuenta de la Peña. Allí nos dirigimos mi inseparable amigo Pepe Silguero y yo. Morao venía en esta ocasión acompañando a José Mercé. Era su "Blanquet", decía siempre. En aquella época andaba yo averiguando cantes y estilos como creo que cualquier aficionado en sus albores, y cuando cogía a un artista lo agobiaba con mis preguntas. Estuvo contestándome acorralado entre cuestiones y embutidos ibéricos y cuando dio por acabado el interrogatorio zanjó aquella conversación con un... "...mira Pepito, yo no sé tanto de estilos de cante, pero si sé cuando están bien hechos..." y chirrín malacatín.

Era muy querido en Casabermeja. Siempre que venía se formaba un alboroto. Tenía muy buena relación con aquella primera directiva que la completaban Juan Muñoz y Pepe Luis Martín. Desde que aparecía por el pueblo, lo iban saludando y lo abordaban como si fuera una estrella del rock. ¡Más quisieran los del rock! Y es que Manuel era muy cercano y siempre estaba rodeado de gente joven que reía con él sin parar. Lo adorábamos. Fue memorable cuando acompañó a la Paquera en el festival o cuando vino a la Peña con Fernando el de la Morena y El Torta. O con su inseparable José Mercé.

En una ocasión José invitó a subir al escenario al Chino que se encontraba entre los asistentes con Remedios Amaya y el Morao con su toque lo acompañó de maravilla convirtiendo aquello en algo apoteósico. Pasaron los años y estuve un tiempo viviendo en Jerez. Hacía mis compras



Con La Paquera en Casabermeja (foto Juan Nebro)

temprano en la plaza abastos y algunos días a media mañana me pasaba por el Arco Santiago para verlo en casa de Agustín Vega.

—Ponle una copa de Tío Pepe al Pepito Agustín, le decía nada más verme.

Me acuerdo que un día cuando llegué, el Morao estaba reprochándole a Agustín que le había vuelto a cobrar una convidá que ya le había pagado anteriormente. Cerca de la entrada y frente a la barra había una máquina tragaperras. Ésta daba el premio cuando coincidían las tres herraduras. Todavía reprochándose se acercó a la máquina y le echó unas monedas. Y ¡Toma que toma! ¡Las tres herraduras! De momento, el Tato Fernando de la Morena, que estaba en la esquina de la barra con esa elegancia suya, me miró de soslayo y guiñándome un ojo, con esa voz tan flamenca empezó a cantarle por jaleos:

- “Yo vengo de Extremadura, de ponerle a mi caballo, de plata las herraduras.”

¡Ea! Se acabó el enfado y el Morao cogiendo el premio de la bandeja y bailando. Iba dando viajes hacia la barra llevando a puñados el premio haciendo la instrucción por bulerías, mientras que Agustín le hacía compás en la barra con la mano abierta.

Pero quiero volver a Los Juncas. Un grupo de aficionados entre los que se encontraba el Tío Luis Soler, su sobrino Ramón, Paco Coronado, Luis el Salao, Andrés González y yo, llenábamos la furgó alemana de nuestro querido y tristemente desaparecido, Manolo Escribano. Con ella, recorriamos Utrera, Lebrija,

Algeciras, y como no, Jerez. Siempre buscando esa vivencia única de beber el agua del mismo manantial. El trayecto era un viaje ilustrado, un ágora de sabiduría flamenca donde el Tío Luis iba deshojando pétalo a pétalo la flor de lo jondo. Constituyó para mí una formación sobre esta música en la que quedé enganchado desde niño. Los Juncas los visitábamos con frecuencia muchos viernes y el bueno de Manolo Escribano iba reuniéndonos previamente, como si de un autobús de línea se tratase, puerta por puerta. Manolo fue una de las personas más vitalistas y entusiastas que ha tenido la afición al flamenco. Solíamos llegar “*aluricán*” de la noche como diría el lebrijano Pedro Bacán. Un gran amigo de Moraíto con el que compartió muchos escenarios y momentos irrepetibles. Primero llegábamos a casa de Agustín Vegas en el Arco de Santiago. Allí reponíamos fuerzas con sus tapas. Las de cazón con tomate y su cazuela de fideos, las que más me gustaban. Maridándolas, tras la caña de rigor, con algún vino generoso de la tierra. Después, él mismo como nuestro *cicerone*, tras cerrar, nos acompañaba al Parra para luego terminar en los Juncas y finalizar así de madrugada una noche de gloria. Recuerdo que en una de nuestras visitas a la ciudad de los gitanos, me adelanté impaciente al grupo. Habíamos preguntado en el Parra a un hijo de Mariabala, y nos dijo que el Zambo, el Pica, el Morao y los demás se acaban de ir para Los Juncas. La puerta de Los Juncas tenía un ventanuco. Pegué en la puerta y al momento vi la sonrisa del Morao, con sus dos hoyuelos tan característicos. ¡Hombreee Pepito de Casabermejaaaa! Allí estaba toda la cuadrilla al completo, además de los citados estaban: Enrique “*El Zambo*” y su hermano Joaquín, El Chicharro, un sobrino de la Chicharrona, José Vargas “*el Mono*”, Fernando el de la Morena y Ramón el Coco. Tras los besos y los abrazos continuó lo que allí estaba sucediendo. Me senté frente a Luis el de la Pica que me miraba fijamente con los dos ojos muy abiertos. El Zambo con ese chispazo tan flamenco empezó a cantar por soleá y el Mono le respondía. Los dos de pié, haciéndose compás en la barra con dos vasos de Tío Pepe hasta arriba en la mano que le quedaba libre, sin derramar una lágrima. Y luego, como no, apareció la bulería. El Tato Fernando empezó a cantar y por la puerta aparece en escena el Bo



En Casabermeja con Pepe Durán y Luis el Salao (foto Juan Nebro)

con una gorra hacia atrás jaleando y bailando, con su gracia natural, y otra vez se formó el lío. Enrique "el Zambo", acordándose de "Tío Borri", mientras el Morao andaba afinando una guitarra de clavijero antiguo de palillos y no había forma. Se destemplaba a cada instante. El Pica con ese estilo tan propio y esa manera tan personal rematando su cante por bulerías con una media verónica paulista de ensueño. Ya casi de madrugada vuelven a pegar en la puerta y ¿quién aparece? Las Méndez. La Chati y su hermana Paca. Me es muy difícil expresar con palabras la que se formó con su llegada, y más tarde, con su cante. Enrique "el Zambo" se rompió la camisa, unos lloraban otros reían. Las zambras de las dos hermanas con el toque del Morao que, levantándose para bailar en una de las llamadas, se despidió de aquella guitarra indómita...

- ¿¡Cuando ha hecho falta en Jerez una guitarra!?

Eso decía uno de los máximos exponentes que la historia ha dado para ese instrumento. Una de las personas más puras y flamencas que hemos

tenido. Un gitano de fantasía, único. La fiesta continuó hasta las tantas. Una de las cosas que más me emocionaron de aquella noche es un baile de locura del amo y señor del compás, el Chicharo con Moraíto, con el cante de Luís "el Zambo". Y no vayan a creerse que aquello era el Carrefour. Había que sintetizar bailando. Eso sí, en aquellos días el lbex 35 del cante, el baile y el toque estaba allí. El lugar con mayor grado de gitanería per cápita, era sin duda, "Los Juncas".

Le doy gracias a la vida por momentos como éste y por haber conocido a Manuel. Su pérdida dejó un vacío imposible de llenar a no ser que sea con lágrimas. Esta música gitano-andaluza continuará, sin duda, pero nunca sería igual si él estuviera. Hoy su legado lo perpetúa su hijo Diego. Ese particular sentido del ritmo y su inagotable creatividad lo convierten en uno de los mejores guitarristas flamencos de nuestro tiempo. El nuevo Mago de la guitarra se llama "Diego del Morao" y está predestinado a escribir con luz propia, nuevas páginas de gloria para la Casa de los Morao y de esta manera continúe su leyenda.

En memoria del Maestro Moraíto Chico

Irra Torres



Moraíto (foto P. Carabante-Peri)

Si desde el diccionario de la RAE o de cualquier otro tipo de medio divulgativo se pudiera definir el flamenco, el age, la gitanería, la pureza, el soniquete o la jondura en una imagen, está claro que vendría una foto de **Manuel Moreno Junquera, Moraíto Chico**.

Moraíto nace en septiembre de 1956. En el jerezano barrio de Santiago. Es hijo de **Juan Morao** y sobrino de **Manuel Morao**, donde los genes guitarreros brotan por cada rincón. Continuator de la saga guitarrística familiar. Donde el compás, el rasgueo y el predominio del pulgar emanan flamencura. Adquiere valores que en su persona se engrandecen, como la puntualidad, la seriedad, la profesionalidad. Desde que en 1966, gracias al empuje de su tío Manuel, trabajó en el tablao Los Canasteros de Madrid y en la Venta el Gato hasta ser un

habitual de los festivales veraniegos. Aunque ya **La Paquera** había requerido sus servicios. Ha sido fiel escudero de todos los artistas de la genealogía flamenca jerezana y de muchos otros lugares. Además contar con dos trabajos en solitario. Y distinguido con el Premio Nacional de Guitarra Flamenca de la peña Los Cernícalos, la Copa Jerez de la Cátedra de Flamencología, Giraldillo a la Maestría o Insignia de Oro de la Peña Tío José de Paula. Es Hijo Predilecto de Jerez, Medalla de la Provincia de Cádiz y a título póstumo posee una calle en su Jerez natal.

Con los artistas que he tenido la oportunidad de conversar, han coincidido que en Moraíto confluyen la calidad artística y humana. Y agradezco enormemente las charlas, la disposición y el buen trato de los guitarristas jerezanos **Pepe del Morao, Manuel Valencia y Miguel Salado**.

Pepe del Morao comparte momentos del día a día con su tío. El verlo estudiar, la convivencia familiar o su buen sentido del humor. Lo define como un artista con luz propia y gitanería grande. Comenta que a Moraíto le tocó convivir con Paco de Lucía, Manolo Sanlúcar o Vicente Amigo. Actualizó y revolucionó el toque jerezano e implanta su estilo. Lo concibe como un maestro en el acompañamiento. Y en pocas palabras, Pepe del Morao, lo define como la humildad, personalidad, gitanería y genialidad. En una guitarra donde con menos no se pueden contar más cosas.

En la charla con Manuel Valencia, nos explica que cuando tenía 16 años Moraíto acude a una actuación donde Manuel tocaba. Entonces Moraíto se acerca y le comenta que si está cómodo con la guitarra que llevaba, porque apreciaba que no era fácil de tocar. Más adelante en 2004 en un reconocimiento a Moraíto, Manuel va tocando. Y entre bambalinas Moraíto le dice "Coge esa guitarra, y si te gusta llévatela el tiempo que necesites hasta que te compres la tuya". Manuel estuvo con esa guitarra de Maldonado entre cuatro y cinco años. Y tras ese tiempo se la devolvió orgulloso. Para Manuel, Moraíto era un ejemplo, como artista y como persona, accesible a todo el mundo, con personalidad y carisma único. Lo

define como la difícil sencillez desde la humildad del toque.

Igual que con los compañeros anteriores, la charla con Miguel Salado fue instructiva y amena. Y Miguel lo primero que me cuenta es una anécdota donde con ocho o nueve años, en una fiesta, coge una guitarra y empieza a rasguear. Entonces llega Moraíto y le dice "Quillo que haces, estás rasguenado al revés". Y a su vez le explicó como rasgueaba él. Miguel ve mucho en Moraíto ese toque del padre, Juan Morao, con peso y flamencura. Define a Moraíto como la banda sonora de Jerez. Su toque era apreciado y entendido por todo tipo de público. Que ha dejado huella como artista y como persona ya que siempre daba el sitio a los demás. Miguel lo define como ese ángel que cayó del cielo y que traía la armonía del compás y del soniquete.

A Moraíto tuve la oportunidad de conocerlo cuando empezaba a interesarme por el flamenco. Creo que lo que pueda decir será el sentimientos de todos. En Moraíto se citaba la guitarra de verdad, la de la transmisión, sin artificios y con sencillez, sutileza, pureza y con la verdad del toque. Entre sus rasgueos se simula un monumento a la guitarra flamenca que quedará para las futuras generaciones.



En Casabermeja con José Mercé (foto Juan Nebro)

Moraíto, líder carismático de Santiago

Juan Garrido



Moraíto con Mateo Soleá (foto donada por la familia de Moraíto a J. Garrido)

Nadie ha podido olvidar a Moraíto a pesar de habernos dejado en agosto de 2011. Cualquier vecino del barrio de Santiago sigue hablando de él y comentando sus maneras y formas cotidianas, las que quizás lo definían como un artista único y un ser cercano y afable. Un buen gitano, que dirían otros. Analizar su figura profesional sería lo más justo porque entenderían en estas líneas lo incommensurable de su obra, la implantación de un estilo propio y la consolidación de unos códigos singulares a la hora de acompañar al cante, tan clásicos como actuales.

En Manuel Moreno Junquera caminaban las ideas por distintas sendas que desencadenaban en un mismo final: la verdad. Su mirada a la tradición era una constante, puede parecer evidente teniendo en cuenta el tronco al que pertenecía. Por un lado, su tío Manuel Morao, el patriarca de la guitarra de Jerez en estos momentos y referente para la gitanería de la tierra, y más cerca aún, su padre Juan Morao, de carácter más festero si cabe y a pie de calle. Dos guitarristas descendientes de la escuela de Javier Molina y crecidos en el compás de un

barrio que brotaba y respiraba al compás de la seguiriya o de la bulería.

No obstante, Moraíto no fue nunca esclavo del tiempo y del legado recibido, sí miró al frente y, sin dejar de cuidar ese tesoro, implantó sonos propios de su época y melodías rítmicas hasta el momento desconocidas. No es una exageración decir que Manuel ha creado escuela. Perteneció a la generación de la década de los 50 del siglo pasado, por lo que coincide en años (aproximadamente) con locos de la bohemia como Luis de la Pica, El Capullo, El Torta, Curro de la Morena, Mijita, Periquín Niño Jero, Enrique El Zambo... y otros tantos que inundaron el nuevo paisaje jerezano con un ritmo de fiesta que aún perdura y que se adueñó de las últimas décadas del Jerez flamenco.

Esas juergas del bar de Juan Parrilla, donde dicen que se fraguaban los nuevos sonos, se materializaban en el escenario con espectáculos como *La Tierra Lleva El Compás*, requeridos por los promotores de la época como por el trío *Lunepa* (Luis Ramos, Nene y Patuli) que organizaban festivales donde la nueva hornada levantaba los ánimos por bulerías y tangos. Estaban Ripoll, Juana la del Pipa... entre otros.

Empezaban a nacer esos compases más melódicos y en los que cabían composiciones por bulerías temáticas, o sea, hablaban del amor, de la droga o de la sociedad del momento. Para eso era muy propio El Torta que cantaba algo como *"Morir de amor, contigo yo quisiera, morir de amor, sea verano, otoño o primavera..."*. Nada hubiera sido igual sin el acompañamiento de Moraíto, quien no solo arrimaba su sonido al cantaor sino que aportaba una armonía tanto en el escenario como fuera del mismo propicio para el triunfo. Era un acompañante único y valorado por todos porque su forma de ser era fiel reflejo de la frescura de su toque, de su

sonrisa permanente y de un carisma propio de los dioses griegos.

Su estilo debajo y encima de las tablas hacía de él un ser especial, querido por todos los maestros y admirado por la nueva generación de cante y toque, pues como apuntábamos más arriba, se dejaba querer y siempre tenía un consejo para todos. Creo que su mayor valor era la humildad. Era el líder del momento y no porque destacara más que nadie sino porque era capaz de reunir bajo sus manos a todos los que fueran necesario para un festival o espectáculo. Cuando llegaba la Bienal de Sevilla, era él quien lideraba el desembarco jerezano. A los mayores, a los medianos, a los niños... a todos alineaba en un ambiente de trabajo cómodo y fructífero.

Había que tener en cuenta las sensibilidades de todos los que se suben al escenario, muchos de ellos no profesionales, por ello tenía un mérito doble. Por poner algunos ejemplos, los discos grabados con la familia Moneo, Zambos y de la Morena en la trilogía *El Aire de Jerez (NM, 1999)*, fueron santo y seña de una etapa tanto en lo musical como en la producción discográfica. Cantaores de "reunión" como Barullo, Luis El Zambo o Curro de la Morena dejaron grabado lo mejor de sí gracias en gran parte a la labor de un Moraíto siempre generoso, sabiendo escuchar y aportando esa armonía propia de seres especiales que poseen el don que Dios reparte.

Recuerdo a mi tío Diego de la Margara contarme que "como Moraíto no ha habido otro". Diego, bailar de bulerías admirado por todos pero a veces incomprendido, dice que "Manuel me llamaba y me decía, el día tal a tal hora tenemos que ir a tal sitio. No preguntábamos el dinero nunca porque sabíamos que él nunca llamaba para darte poco, cuidaba siempre el caché de los artistas y no regalaba el arte de nadie". Moraíto,



Moraíto y su mujer, bautizo Diego del Morao (foto donada por la familia de Moraíto a Juan Garrido)

se colige de estas palabras, dignificó siempre a su gremio, a su etnia, a su barrio.

Para los gitanos era un líder y eso no se consigue a base de gritos o normas, eso se gana a pulso con una actitud generosa, empática y resolutiva. Mis recuerdos con Moraíto son numerosos pero no tanto como verdaderamente me hubiera gustado. Falleció cuando apenas empezaba a dedicarme a esto profesionalmente y nunca tuve la oportunidad de entrevistarle, como si he podido hacer con su tío Manuel o su hijo Diego, así como con sus sobrinos Pepe y Fernando del Morao.

Recuerdo la vez que en el Teatro Villamarta íbamos

los dos invitados para bailar a la zambomba que organizaba Fernando Terremoto en el año 2000, y perdonen ustedes que parezca que me pongo al mismo nivel, eso sería impensable. Moraíto no iba para tocar la guitarra sino para bailarle a Capullo de Jerez por bulerías. ¡Qué espectáculo! Sus manos volaban en una espiral de elegancia gitana. En otra ocasión, en un casamiento en Jerez de dos gitanos, Moraíto animó a mi tío Diego a que sacara a bailar a mi abuela Luisa La Torrán, quien hacía años que no se arrancaba por cuestiones de lutos y porque para ella eso era una expresión muy respetada. Consiguió la gesta y gracias a él pudimos ver a mi abuela bailando por bulerías con la novia y mi tío Dieguito, sumándose al momento



Moraíto con su hijo Manuel Moreno (foto donada por la familia de Moraíto a Juan Garrido)

el propio Moraíto, José Vargas El Mono y Lorenzo Gálvez Ripoll.

Manuel, que había acompañado a Manuel Agujetas, Moneo, Tío Sordera, La Paquera o a Fernanda y Bernarda, nunca se olvidó de los jóvenes y arropó con cariño a Jesús Méndez, David Carpio o Felipa del Moreno cuando estos aún no habían cogido vuelo. Los apadrinaba de forma natural. Algunos hoy día dicen sin temor a equivocarse que "si estuviera Morao aquí esto sería distinto y de seguro me hubiera echado un cable". Claro, artistas jóvenes de Santiago que van por el camino de la ortodoxia se ven desamparados.

Allí precisamente acabó su historia, donde empezó. En Santiago lo pudimos ver un Miércoles Santo de despedida, ante Jesús del Prendimiento. Por la mañana se reunieron los titos en el bar Gitanería que regentaba Mateo Soleá. Por allí estaban tomando algunos cortitos de *La Ina* Luis El Zambo, Vicente Soto Sordera, Fernando de la Morena, Diego Carrasco, Rafael Agarrado, Chicharito, El Bo, Rafa... y otros tantos que iban llegando en un

día tan señalado. Los más jóvenes admirábamos la estampa sin ser consciente, quizás, de cuanta importancia tenía el momento.

Por la tarde, subieron al balcón de la finca de calle Ancha para cantar saetas y Moraíto, vestido con una chaqueta de terciopelo morada y sombrero, presidía el instante. Grandeza máxima y gitaneidad a raudales. Su enfermedad fue ganando la batalla hasta que un 11 de agosto, con 55 años, el mundo del flamenco se despertó con la trágica noticia. Todos lloraron su pérdida porque personas así eran y son muy necesarias. Han pasado once años de aquel momento y podemos asegurar que Santiago y el flamenco de Jerez no caminan al mismo son. Tenemos la suerte de seguir hablando con Teresa, su santa madre, en la casa donde vivían en la calle que ahora lleva su nombre. Tenemos la dicha de escuchar a su hijo Diego, que se acuerda del padre y nos hace llorar. Tenemos la suerte de haber coincidido en el tiempo con Moraíto. Los más jóvenes no podrán decir lo mismo y entendemos que para ellos sea una tristeza. Moraíto marcó época.

Mis dos mujeres, la guitarra

Pedro M. de Tena

Hoy me he levantado con escalofrío. El sudor cubría mi cuerpo. Un sudor frío, helador. No podía conciliar el sueño.

Siempre me acuerdo de ti cuándo tengo estos momentos de soledad en la noche. Tu calidez, cariño, tu dulzura infinita. Nunca olvido tu regazo, siempre vuelvo a él para sentirme seguro. Tu áulica pertenencia a esa élite donde los miedos noctívagos se hacen luz, donde la medida de tus manos convierte el temporal en "olas de la mar en calma". Acaricio tu collar, esas "conchas llenas de lunares", y recuerdo mi infancia. Un toque de bordón que hace que mis entrañas se estremezcan.

Cuando me adoceno entre la multitud vuelvo a ti. Vuelvo a la magnitud de tu persona. Al ser que tanto me dio y del que todo aprendí. Al origen. A la esencia. A la raíz.

La tierra es nuestra madre. Ella nos amanta, nos protege. Pero existen algunos mantos, como el tuyo, que su aterciopelada suavidad son notas celestiales que suenan cuando nadie las ve. Sé que algunas veces te he ajado, pero nunca dejaron de sonar los cantos de tu voz. Siempre has estado ahí, especialmente cuándo más lo he necesitado.

Algunas veces mi boato era irremisiblemente apaciguado, atemperado. Quién puede sorprender a una madre, dime. Tú lo sabes todo

de mí, mis fortalezas, mis convicciones, mis anhelos; pero especialmente mis debilidades. Por eso siempre vuelvo a ti. Dónde si no puedo encontrar el regazo de la dulzura. Dónde si no puedo estar a solas contigo ante una multitud. Tú eres mi encuentro con la soledad. Eres el silencio. El contrito que nadie percibe; son miles, millones, pero sólo tú puedes percibirlo. Por eso el cornalón que es la vida, tú lo conviertes en un convivio de medida, de paz.

Siento como se me clava en el corazón la apostasía de alguno hacia su origen. Cómo podría yo renunciar a la que todo me ha dado. Cómo podría renunciar yo a la que se amamantó de toda la esencia que a través de los años cultivaron su conocimiento y me lo transmitió. Sería un mal nacido si volviese la cara a todos ellos. Es cierto que tú no eres yo, pero es aún más cierto que yo sí soy tú. La savia de los árboles tiene un doble recorrido que alimenta a todo su ser. Las nuevas hojas tienen formas diferentes a las anteriores, más nunca dejan de pertenecer a un tronco común y a una raíz que las alimenta. Si pierden su pertenencia, mueren.

Siempre me has enseñado que el cabotaje es la línea a seguir. Que nunca debemos perder el horizonte, y si alguna vez lo he perdido, seguramente muchas, ahí estás tú para marcarme el camino, como el faro en la noche. Ese faro que cuando niño me gustaba observar. Esperando, una y otra vez, a que la luz pasase por mi lado.



Moraíto, su mujer y su hija Teresa (foto donada por la familia de Moraíto a Juan Garrido)

Eso eres tú, como un radar personal que siempre está atisbando mi estado de ánimo. Cuando me siento triste me animas y cuando mi euforia es desmesurada me apaciguas, me muestras mis imperfecciones.

Cuando estoy contigo, te acaricio, intento que tu voz rota por el desaliento no quiebre como el cristal en las mano del niño que fui. A través de mis venas quiero que mi tacto sea una prolongación en ti de todo lo que siento en cada momento. También sé, que como cualquier madre, tú siempre estarás esperando que te adore, que te ame; pero también sé lo complicado que eso puede llegar a ser. La adoración a una madre es tan complicada

como la educación de una hija; la una por su sapiencia, la otra por su ignorancia.

Sólo tú puedes ver la lágrima que cae cuándo te acaricio. Cuando te visto y me desnudas. Nadie como tú me muestra como soy. Todos conocen mi exterior, me saludan y alaban; pero nadie como tú ve mi osamenta, el interior real de cada minuto de mi vida.

Como buena madre siempre sabes leer el alma de tu hijo. Como la abeja entra en la flor para extraer su néctar, así me adentro en ti, sabiendo que es ahí donde consigo ser mi mejor yo, el que algunos intuyen pero que difícilmente pueden escuchar.



En un concierto con Mercé y Diego del Morao (Foto Foti)

Mi deseo onírico sería tenerte siempre conmigo. Poder expresarme como tú me has enseñado, como tú siempre has querido que lo haga. Llorar y reír a través de ti. Pero sé que eso no es posible. Yo tengo una vida efímera y no siempre podré estar contigo. Ahora tengo una hija. Intento que la relación con ella sea igual que contigo. Sé que será muy complicado.

Cuando miro su rostro siempre intento verte a ti. No me doy cuenta, que aún siendo dos caras de la misma moneda, sois el anverso y el reverso de mi vida. Busco en ella tu paciencia, tu prudencia, pero me doy de bruces con su procaz comportamiento. A veces me desespero por los desaires hacia mí, como padre esto no debería consentirlo, pero también me gusta esa forma de ser, hace sentirme vivo. Debo estar en constante vigilia para poder domar esa furia que emerge.

Taño sus cabellos y espero sentir el dulce sonido que siempre encontré en ti. No lo hallo. Más sé que el palafito que algún día podré construir será firma, la madera es buena, y los pilares penetrarán

en el fondo hasta encontrar tierra firme. Supongo que esto mismo que ahora siento con mi hija lo habrás sentido conmigo muchas veces, más nunca desesperaste. Ese debe ser mi camino, ver amanecer tras un corto pero intenso galicinio.

Siempre me gusta llevaros a las dos juntas, nunca sé qué me va a deparar el destino. Las dos sois el heraldo que me conecta con la vida. Con las dos me expreso, con las dos siento y transmito todo lo que llevo en mi corazón. Qué expresar en cada momento. Qué complicado es explicar que a través de las dos puedo decir quién y cómo soy. Cómo montado a lomos de una potra indomable puedo respirar el aire más puro y sentirme libre, y cómo a la grupa de la jaca domada puedo admirar el paisaje y ver cada minuto de mi existencia a cámara lenta, observando y mostrando cuan bello puede ser dicho paseo.

Cuando llegaste a mi vida sentí el peso de la responsabilidad que todo padre tiene cuando le nace un hijo. No obstante, enseguida entendí

que con esfuerzo todo saldría como siempre soñé. Estás hecha de la misma laya que mi madre y con eso me bastaba. Tus inicios, junto con los míos, venías precedidos del sonido jerezano que durante décadas no dejó de crujir las almas que en nuestra tierra habitan. Ese golpe acompasado en una mesa de tabanco acompañando a una voz quebrada por el pasar del tiempo y que se ahoga en los más profundos sentimientos. Ese era nuestro destino, el CANTE.

Una vez, cuando te acariciaba, me dijiste que no te gustaba el cante. Enloquecí. Pensé que tu juventud e inexperiencia estaban hablando por ti. Pero no era así. Me sorprendió tu análisis. Me explicaste cómo la noche puede estar llena de estrellas o de negros nubarrones. Siempre es de noche, pero no tiene nada que ver. Igual es el cante. Comprendí que ese día para ti la noche, el cante, estaba encapotado de un manto negro. No dormí. Toda la noche pensando. Sentí que mi hija me había dado una clase que ahora los

cursis llaman “masterclass”, lo que siempre se ha llamado clase maestra o magistral. Eso, un auténtico magisterio.

Y así, tras el transcurrir de los años, siempre he encontrado en vosotras el refugio que me anima a seguir viviendo. A las que intento dar aire, pero de las que recibo vida. Ya sabéis las dos que en nuestro arte se habla mucho de “aire”: qué “aire” tiene fulanito; con qué “aire” toca menganito. No dándose cuenta que nuestro aire lo respiramos de vosotras. Vosotras sois nuestra vida; nuestro modo de sentir y expresar; nuestra conexión con lo infinito; con la extrapolación de lo divino a lo humano.

Siempre os he querido por igual y siempre me habéis amado con locura, sin límites, sin reservas. De ahí la plenitud con la que he vivido. Sé que algún día volveremos a estar juntos los tres. Hasta que llegue ese día esperaré escuchando los bordones de mi madre y a “mi” hija.



Con José Mercé (Foto Foti)

Sábado 18 de noviembre de 2023 · Teatro Florida, 21:00 horas

XXXI PALMA DE PLATA

“Ciudad de Algeciras”

Homenaje a

Manuel Moreno Junquera

“Moraíto Chico”

Cante

Luis Moneo

Alonso Núñez “Purili”

Juan José Rodríguez

Guitarra

Juan M. Moneo

Palmas

Felipe Ortega

Ramón Heredia

Antonio Vargas

Artistas invitados

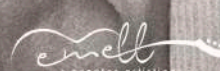
Diego del Morao y su gente:

El Chanquita, Enrique el Zambo,

Rafael el Zambo, Chicharito,

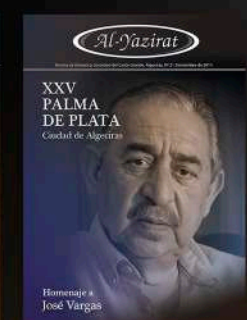
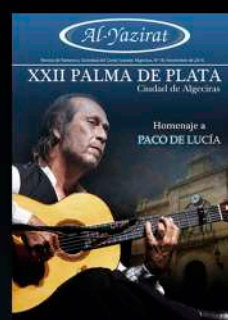
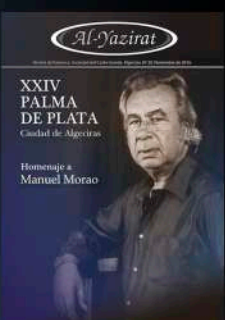
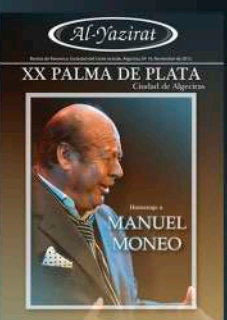
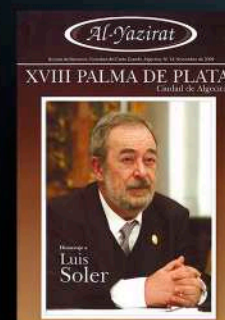
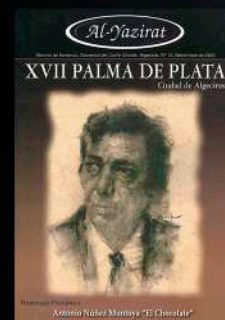
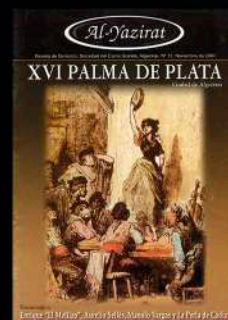
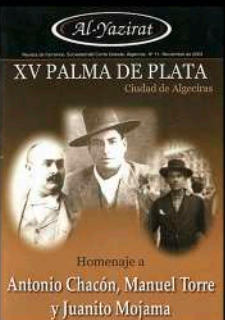
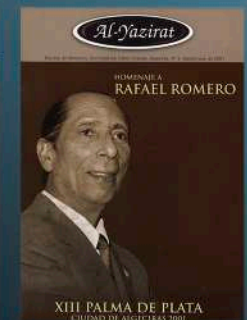
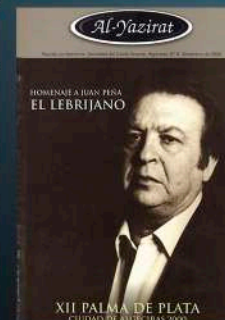
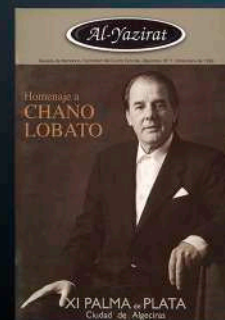
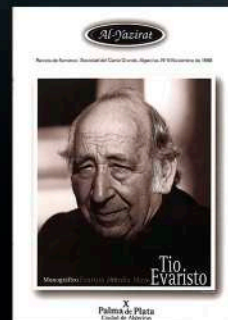
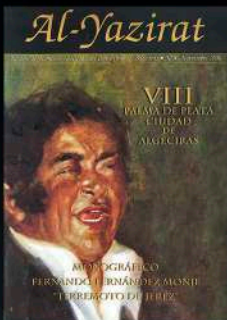
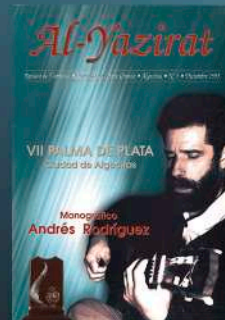
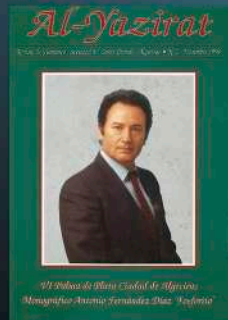
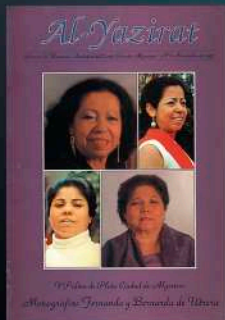
Rafael Romero y Gregorio Fernández

Presenta: Manuel Martín Martín



Al-Yazirat

Ejemplares Publicados:
del 0 al 27



www.algeciras.es/cultura

